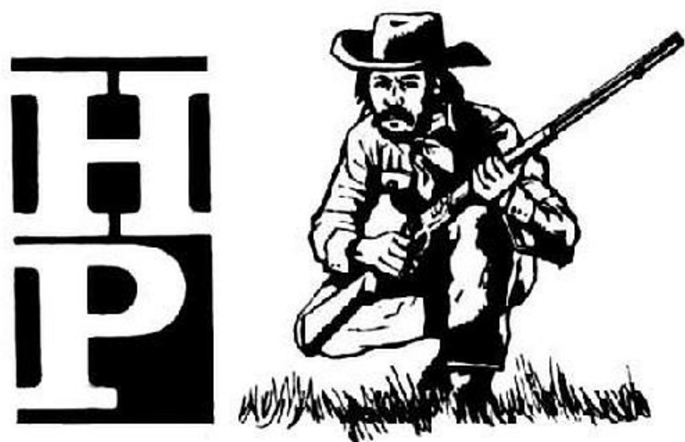


Silver KANE

EL BUSCON



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

EL BUSCON

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 487
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 15084-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, mayo, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Sí, amigos. Clive era lo que se dice un perro sarnoso, perseguido y pútrido. A Clive lo habían expulsado de Dallas, de San Francisco, de Wichita y de Amarillo. Ahora iban a expulsarlo de Abilene. Clive no tenía dónde caerse muerto. Clive, a pesar de ser joven, fuerte e ir bien vestido, era el hombre con menos esperanzas de la ciudad.

El *sheriff* lo hizo llamar a su despacho.

El *sheriff* quería una barbaridad a Clive.

Como si fuera un hijo para él.

Barbotó al verle entrar:

—Siéntate, puerco. Pero cuidado con ensuciarme la silla.

Clive se sentó en un borde.

Y puso con mucho cuidado los codos de su levita sobre la mesa, para que no se viera lo gastados que estaban.

El *sheriff* siguió demostrándole el mayor aprecio.

Gruñó:

—Eres un perro sarnoso y voy a echarte de la ciudad.

—¿Por qué, *sheriff*?

—No tienes medios de vida.

Clive arqueó una ceja, como sorprendiéndose, aunque ya sabía que los tiros iban a venir por allí. Señaló con el índice a su espalda, hacia la puerta de la oficina. Más allá, al otro lado de la calle, había un edificio blanco en cuya puerta una placa dorada decía:

«CLIVE SOMMERS, INVESTIGADOR PRIVADO».

—Sí, ya sé que ése es en teoría un medio de vida —dijo el *sheriff* —. Pero sólo en teoría, amigo. Desde que te estableciste aquí, no

has tenido un solo cliente. Debes seis meses de alquiler.

—Confieso que es así, *sheriff*. Pero eso no constituye un delito.

—Por lo tanto no tienes medios de vida.

—Bueno, yo…

—Y a todos los vagos e indeseables los expulso de la ciudad.

Clive extrajo un cigarrillo, lo partió en dos para que durara más y se puso la mitad en la boca.

—En realidad he tenido un cliente —dijo.

—Sí. El ayudante del gobernador —barbotó el *sheriff*.

Y señaló hacia la puerta.

Tres tipos altos y cuadrados como torres se habían aposentado allí.

Parecían esperar a que saliera Clive.

Tenían unos puños parecidos a martillos de picapedrero.

Y miraban a Clive Sommers como unos perros de presa mirarían a una liebre dentro de una jaula.

El *sheriff* murmuró:

—¿Ves cómo tengo razón al expulsarte de la ciudad?

—¿Quiénes son ésos?

—Gente contratada por Buklam.

—¿Buklam?

—Sí, Clive, sí. Eres un buitre sin plumas, maldita sea. Un mal día el secretario del gobernador decide acabar con la explotación de mujeres en esta ciudad. No se mete con las chicas que tienen… ¡ejem!… sus líos. Pero sí se mete con la explotación organizada por parte de los dueños de algunos saloons. ¿Y qué pasa? El secretario del gobernador acude como un cliente cualquiera al único investigador privado que hay en la ciudad. Le pide que obtenga pruebas de quién es el que recluta a las mujeres para traerlas a Abilene y luego las mantiene aquí en una especie de esclavitud forzosa. Tú aceptas el encargo, averiguas que el culpable es Buklam y… ¿y qué pasa? Que el gobernador despide a su secretario por meterse donde no le importa, a ti no te pagan y Buklam quiere matarte. Ahí tienes a esos tres tíos dispuestos a darte recuerdos para tu papá. No, amigo, no… Yo hago muy bien en expulsarte de la ciudad. No quiero líos.

Clive dio pensativamente un par de chupadas a su cigarrillo.

Luego, como no tenía ganas de fumar, lo apagó y lo guardó. Ya

terminaría de fumárselo, en plan de lujo, después de la comida.

El *sheriff* gruñó:

—Tú trabajabas como detective en la Pinkerton, ¿verdad?

—Exacto. Trabajé un año.

—¿Por qué te echaron?

—Me fui. Últimamente la Pinkerton sólo ayudaba a los ganaderos ricos en perjuicio de los pobres.

—¿Y por qué te echaron de Dallas?

—Porque el alcalde descubrió que le robaban la caja municipal, y quiso saber quién lo hacía. Me contrató a mí.

—¿Y lo averiguaste?

—Sí.

—¿Quién era?

—La secretaria del alcalde.

—¿Y qué pasó?

—Que la chica tenía veinte años.

—¿Y…?

—El alcalde se entendió con ella y echaron tierra al asunto. Y para empezar a echar tierra al asunto, me expulsaron de la ciudad.

—¡Vaya, hombre! Así empezaste tu carrera de perro sarnoso. ¿Y luego? Luego te fuiste a San Francisco, ¿no? ¿Por qué te expulsaron de allí?

—Tuve enseguida un buen cliente. Un banquero muy rico. El sospechaba que su mujer le engañaba con alguien.

—¿Y supiste con quién?…

—No. Su mujer no le engañaba con nadie. Y cuando fui, triunfante, con las pruebas que habían de devolverle la tranquilidad, el banquero me soltó que yo era un perro piojoso y que no pararía hasta que me echaran. Y no paró.

—¿Pero por qué?…

—A lo que parece, yo no le había entendido. Él quería pruebas de que su mujer le engañaba, aun no siendo verdad. Lo que deseaba era tener un motivo para pedir el divorcio y liarse en serio con su ama de llaves. Yo le chafé la guitarra. Le salió el tiro por la culata y su plan se hundió.

—Consecuencia: te echaron también de San Antonio. ¿Y qué más? ¿Por qué saltaste luego de Amarillo?

—Mi primer cliente allí fue un ganadero muy importante

llamado Culbert. Le volaban las reses y quería saber quién era el cabrito que le estaba haciendo aquello. Descubrí que era su socio.

—Magnífico. ¿Y no te pagó?

—¡Qué va! Como tenía mucha influencia, me echó de la ciudad.

—¿Por qué?

—Su socio era un investigador chalado en cuestiones de ganadería. Con las reses robadas que eran muchas, había hecho cruces y obtenido una raza mucho más selecta. Ofreció partir ganancias entre los dos si no se decía una sola palabra sobre las investigaciones. Total: que no cobré y me echaron de la ciudad.

—¿Por qué no explicaste lo que sabías?

—No pude. Me sacaron en camilla.

—¿Cuántos fueron los que te atizaron?

—Ocho.

El *sheriff* se puso un monumental cigarro en la boca, ante la mirada envidiosa de Clive.

—Hala, muchacho —susurró—. A jorobarse. Y ahora dime por qué te echaron también de Amarillo, antes de dejarte caer con tus huesos en esta podrida ciudad de Abilene.

—De Amarillo me echaron por una razón más sencilla. La hija del banquero más importante de la ciudad se enamoró de mí.

—¡Cuerno! ¡Eso era una ganga!

—Sí, pero resultó que estaba prometida a un importante ganadero. Una boda de conveniencia, ¿entiende? Entonces, una mañana, me encontré frente a aquel ganadero y tres de sus hombres, cada uno con un revólver y a la distancia de veinte pasos. Me cargué a los cuatro y luego fui a ver a la chica. ¿Sabe lo que me dijo?

—¡No!

—Pues me dijo: «¡Pedazo de bestia! ¡Los negocios de mi padre se basaban en la fortuna de ese hombre! ¡Tenías que haberte dado cuenta! ¡Yo me hubiera casado con él y tú y yo hubiéramos seguido siendo amigos!».

Clive aspiró con deleite el aroma del habano que le llegaba desde la mesa del *sheriff* y continuó:

—Fue como si aquella diosa de carne con alma de hiena me hubiera desnudado su interior. Sentí una especie de náusea. A la media hora recibí la orden de expulsión de la ciudad y la obedecí.

Quizá fue la primera vez que pude salir por mi pie, sin tener que viajar en camilla.

El *sheriff* exhaló otra bocanada de humo.

—Y viniste a Abilene. Pues vaya suerte has tenido, muchacho… Te has convertido en el perro sarnoso más importante de todo el Estado. Te mueres de hambre sin tener ningún cliente y el primero que se te presenta es el secretario del gobernador con el encarguito de Buklam. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo? Echarte enseguida de la ciudad. O, mejor dicho, echarte de mi oficina. De la ciudad ya te echarán esos…

Y señaló a los tres que estaban en la puerta.

Clive arqueó una ceja.

—Venga a verme al hospital, *sheriff*.

—Prefiero ir a verte al cementerio.

Uno de los que estaban en la puerta rió.

—A lo peor lo dejamos de tal manera que va a tener que ir a verle a la Maternidad.

Y preparó bien los puños, porque Clive ya salía.

Del primer guantazo, lo enviaron contra la mesa del *sheriff*.

Éste gritó:

—¡Atrás! ¡Sacudídmelo! ¡Quitadme a esta basura de encima!

Los tres individuos entraron.

—De acuerdo, *sheriff* —dijo uno de ellos—. Acabamos de enrolarnos en el servicio de recogida de basuras de la ciudad.

Y sacaron a Clive por las solapas de la levita.

Clive pidió:

—¡Al menos no me la rompáis, cuerno! ¡Es la única que tengo!

El segundo guantazo le hizo resbalar por el porche y quedar sentado en uno de los bancos que había en él.

El *sheriff* puso los pies sobre la mesa, dio otra chupada al habano y pidió desde dentro:

—No lo matéis. Dejadlo solo fuera de la ciudad.

Clive se puso en pie.

Vio avanzar hacia él a las tres torres.

Seis ojos fijos en él. Seis puños dispuestos a machacarle.

Movió la pierna derecha.

El tío que recibió el punterazo en el bajo vientre quedó de tal manera que, si en aquel momento llegan a llamar su quinta, lo

echan por la ventana.

Lanzó un alarido y enseguida una serie de interjecciones en las que pasó revista a la mamá de Clive, a su papá, si es que lo había conocido, y a una prima segunda que Clive tenía en Dallas y que era la que le había enseñado a andar siendo niño.

Pero enseguida todas aquellas cosas se le borraron de la memoria.

Clive le largó un gancho que por poco le deja colgado del tejado más próximo.

El *sheriff* preguntó desde dentro:

—¿Qué? Le estáis atizando bien, ¿eh? Le estáis atizando bien…

Los otros dos gorilas ya estaban sobre Clive.

Éste movió el antebrazo derecho.

Aquello era algo así como una barra de hierro. Su enemigo más próximo recibió la caricia en la boca y empezaron a saltar dientes por todas partes menos por una, que era la garganta del interesado.

Éste no pudo ni acordarse de la mamá de Clive.

Porque cada vez que iba a mencionarla, le saltaba una muela por distinto sitio.

El *sheriff* pegó otra chupada al puro.

—Moderación, muchachos, moderación… No me lo matéis ahora… Dejadle algún hueso entero, chicos.

Sólo le quedaba un enemigo a Clive.

Y el enemigo venía hacia él.

Como un tren expreso.

Clive le atizó un corto al estómago.

El enemigo siguió viniendo hacia él.

Pero ahora como un tren correo.

Clive le regaló un gancho a la mandíbula.

Y el enemigo dale que dale.

Siguió viniendo hacia él.

Pero ahora como un carro.

Clive movió los dos puños y le destrozó las dos cejas.

Aquella mole humana seguía avanzando.

Pero ahora como una carretilla.

Clive preparó su derecha, largó una especie de alucinante bolo-punch y dejó al tío sentado fuera del porche, encima de un pequeño barril que contenía aceite de ricino.

El *sheriff*, siempre dentro de su oficina, acarició el cigarro mientras decía con voz suave:

—Hala, muchachos, ya me doy cuenta de que habéis terminado. Decidle a Buklam que no había razón para matarlo. Coged lo que quede de ese tipo, lo cargáis en una carretilla y lo dejáis fuera de la ciudad. Sed buenos chicos. Lo único que os permito es que os llevéis su dentadura como recuerdo.

Clive dijo desde la puerta:

—¿Y yo, *sheriff*? ¿No puedo llevarme yo como recuerdo nada? ¿Ni siquiera sus relojes?

El *sheriff* miró hacia el frente, abrió unos ojos como platos y se cayó de su silla.

Sólo pudo balbucir:

—Como si quieres llevarte sus… sus espuelas…

Clive avanzó hacia la mesa del representante de la ley, abrazó el cajón, extrajo una botella de *whisky* por empezar y la caja de habanos que estaba casi intacta. Se puso un cigarro en la boca y luego gruñó:

—Envíeme la orden de expulsión a mi oficina, *sheriff*. La estaré esperando.

Y salió, mientras encendía un cigarro.

Cruzó la calle con gesto tranquilo, muy seguro de sí mismo. Parecía un verdadero señor.

Entró en su oficina, mientras exhalaba una bocanada de humo. Parecía más señor que nunca.

Vio su mesa de despacho, que aún no había pagado.

Vio las sillas.

Vio la señora sentada en una de ellas.

Vio sus piernas.

Y Clive Sommers ya no pareció un señor.

El puro se le cayó de la boca.

CAPÍTULO II

Se puso en pie y tomó asiento al otro lado de la mesa.

—¿Quién es usted? —musitó, sin acordarse de recoger el habano.

—¿No me conoce? Me llamo Nelly.

—Ah, sí… Perdón. Usted es la hija de Rexton.

—Creí que otras veces se había fijado en mí.

—Claro que me había fijado, pero… pero…

—Nunca me había tenido tan cerca, ¿verdad?

—No, nunca. Y no pensé que algún día llegaría a entrar en mi despacho.

El puro empezó a quemar la alfombra.

Y Clive, ni caso.

—¿Qué se le ofrece? —musitó.

—Tengo un asunto para usted. Soy una cliente.

—Me temo que no voy a tener tiempo para ocuparme de su asunto. Me echarán de la ciudad antes de media hora.

Ella, incluso estando al otro lado de la mesa, hizo aún más espectacular la exhibición de sus piernas.

—¿De veras va a irse? —musitó.

—Pues… pues tal vez no. ¿Cuál es su asunto?

—Usted debe conocer a mi hermano Sam.

—Sí, creo que lo conozco.

—Es un hombre rico. Bueno, va a serlo, como voy a serlo yo. Aparte el mucho dinero que nos da nuestro padre para los gastos de cada día, llegará un momento, ya no lejano, en que obtendremos una fabulosa herencia. Somos un buen partido. Especialmente lo es mi hermano Sam, que obtendrá una mejor parte por tratarse del hombre de la familia.

Clive asintió.

Conocía las costumbres de las familias de Abilene, que dejaban la mayor parte de sus propiedades al varón porque éste podría defenderlas mejor. En cuanto a las hembras, les daban una buena dote y procuraban que hiciesen una suculenta boda.

El habano seguía tragándose la alfombra.

Pero Clive sin enterarse.

¿Para qué, si tenía tan cerca las piernas de la chica?

Nelly siguió:

—Por descontado, siempre ha habido chicas que se han interesado por Sam. Pero éste ha sido lo bastante inteligente para no liarse con ninguna.

—¿Y ahora? ¿Ahora no es inteligente?

—No, ya no lo es. Ahora hay una chica que le ha sorbido el seso. No tendría nada que objetar si fuera una mujer de alguna posición, pero es una aventurera de la peor especie. Ha trabajado en los saloons más sucios de Oklahoma y Texas.

—No me diga…

—Usted tiene que haberla oído nombrar. Se llama Anna Clarendon.

—Anna Clarendon… ¡Pero si se decía que iban a detenerla por el asesinato de Morgan!

—Exacto. Ella mató a Morgan. Lo asesinó para robarle.

—¿Tiene pruebas?

—Para eso le contrato a usted: para que las busque.

—No acabo de entenderla, Nelly. Si Anna es culpable, el *sheriff* lo averiguará.

—¿El *sheriff*? —Nelly hizo una mueca burlona—. ¿Ese barril de *whisky* que se pasa el día desnudando con los ojos a las chicas que pasean por la calle? Ni lo sueñe. Él no quitará las posaderas de la silla para averiguar nada. Para él, el caso de Morgan está archivado y muerto. Y si hiciera investigaciones, ¿qué? Se descubriría tal vez que mi hermano está loco por esa mujer. No quiero que se sepa, porque afectaría a nuestra buena reputación.

—Comprendo.

—En cambio, usted será un hombre discreto. Es el único investigador privado que existe en la ciudad. Hasta hace poco no había ninguno. Todo lo que relacione a esa mujer con mi hermano

debe ser silenciado, ¿comprende?

—Claro que sí.

—Trato de evitar que el heredero de nuestra casa caiga en manos de una puerca.

—Sigo dándome cuenta de todo. ¿Y dónde conseguiré esas pruebas?

—Hay un fotógrafo que obtuvo una reproducción del crimen.

Clive arqueó las dos cejas de golpe.

Era la cosa más asombrosa, más extraña que le habían dicho desde que se hundió hasta el cuello en aquella sucia profesión.

Barbotó:

—Verá… Yo sé que eso de la fotografía funciona desde hace unos pocos años. Incluso, durante la Guerra de Secesión, se tomaron instantáneas de numerosas batallas. Yo las he visto. Y hay fotografías de Billy el Niño, de Juanita Calamidad y de Wild Bill Hitchcock, entre otros. Pero no sabía que hubiera un fotógrafo profesional en Abilene. Y menos alguien que fotografiara una cosa así y luego se quedara tan fresco.

Ella cambió la posición de sus piernas.

Y el habano dale que dale con la alfombra.

Y Clive dale que dale con los ojos en las rodillas de la muchacha. (Y lo que podía más allá de las rodillas, por supuesto).

—Quizá usted llegue a entenderlo, dadas las circunstancias —explicó Nelly con voz tranquila—. Hay un cierto establecimiento en la ciudad llamado La Casa del Irlandés. Usted debe conocerlo bien. Oficialmente es una casa de juego, pero también tiene habitaciones donde algunas parejas sostienen entrevistas. Por ejemplo hombres o mujeres casados. Gente que necesita ser discreta.

—Conozco perfectamente La Casa del Irlandés —dijo Clive con envidia.

Pero la verdad era que no la conocía demasiado bien. Lo que le daba envidia precisamente era que él no había tenido allí una maldita aventura desde que puso los pies en Abilene.

—Bueno, a lo que iba —continuó ella—. El Irlandés sabe que su casa se la cerrarán de vez en cuando. Quizá el año que viene suba al poder un alcalde que grite a los cuatro vientos: «¡Moralidad! ¡Moralidad!». Y entonces le cerrarán al Irlandés su cuchitril. Luego subirá al poder otro alcalde que dirá: «¡Qué cuerno! ¡La gente tiene

derecho a divertirse!». Y el cuchitril del Irlandés abrirá de nuevo. O sea que su negocio es bueno, pero tiene rachas.

—Me hago cargo. Eso sucede en todas partes.

—Entonces el Irlandés decidió que él no quería depender de un simple cambio de alcalde. ¿Y qué hizo? Practicó en lugares estratégicos de las habitaciones unos agujeros muy discretos. Y a cada uno acopló el ojo de una máquina fotográfica. Ya sé que eso es complicado y caro, porque las máquinas de ahora necesitan un trípode, son pesadas y se manejan con dificultad, pero una vez acopladas a un sitió ya no dan problemas. Un fotógrafo pasaba cada cinco minutos en silencio por detrás de cada máquina, cambiaba la placa y disparaba. Por supuesto, no podía ver lo que ocurría en la habitación, ya que el agujero no daba para tanto. Tenía que disparar al azar. Si en aquel momento ocurría algo delante del ojo de la cámara, la placa era buena. Si no ocurría nada, la placa había que tirarla. Casi todas resultaban malas, por supuesto.

Clive se pasó una mano por los labios.

Estaba más interesado cada vez.

Nunca hubiera imaginado que en una ciudad aparentemente tan primitiva como Abilene pasaran cosas tan divertidas.

—Bueno —susurró—, pero algunas placas valdrán la pena, digo yo.

—Bastantes.

—¿Y qué hacen con ellas? ¿Chantaje?

—No. Bueno… todavía no. El Irlandés guarda esas fotos como un seguro de vida. Mientras las cosas le vayan bien, no las empleará. Si las empleara, se correría la voz y nadie volvería a su establecimiento, claro. Pero si un día las cosas van mal, si le cierran la casa y tiene que retirarse, entonces soltará de golpe toda la artillería. Mucha gente importante de la ciudad va a quedar manchada hasta las orejas. Habrá políticos, comerciantes, banqueros y más de una dama de las que se las dan por ahí de campeonas de la virtud que van a decir: «Tierra, trágame». El Irlandés guarda eso como un tesoro. Va a haber gente que tendrá que vender hasta los colchones para pagar lo que él pida, el día que se decida a lanzarse de lleno.

Clive cabeceó.

Debía ser divertido aquel archivo.

¡Menudas historias!

Mientras tanto la alfombra ya empezaba a despedir un humo que salía por la ventana.

Pero ellos dos, seguían sin enterarse.

Nelly continuó:

—Bueno, parece que Anna tenía algo que ver con Morgan. Tenía que ver mucho. Usted me entiende. Mientras engatusaba a mi hermano, pretendiendo casarse con él, se ganaba la vida con Morgan, que poseía uno de los ranchos más importantes de la comarca. Para una mujer sin escrúpulos como ella, no hay barreras de ninguna clase. Cierto día, Morgan y esa señorita se vieron como otras veces en La Casa del Irlandés. Al parecer discutieron, o tal vez ella decidió robarle, porque Morgan siempre llevaba mucho dinero encima.

—Un momento —susurró Clive—. Si ella mató a Morgan en aquella casa, podría tener la seguridad de que iban a descubrirla inmediatamente. No le convenía matarle y robarle en un sitio así.

—Se equivoca, polizonte. Por lo que sé del asunto, Morgan tenía la llave de una determinada habitación, que pagaba por semanas enteras. La casa tiene varias entradas, una de ellas muy discreta y que no es controlada por nadie. Al parecer, Morgan recibía a varias señoritas y abría directamente la puerta. De modo que Anna podía tener la casi completa seguridad de que nadie la había visto.

—Pero resultó que en el momento de matar a Morgan funcionó la máquina fotográfica, ¿no?

—Exacto. El crimen fue captado hasta en su menor detalle.

—Por lo tanto el Irlandés ya lo conoce.

—Sí.

—¿Y no ha avisado al *sheriff*?

—No le conviene. ¿Qué le he estado diciendo, polizonte? Teniendo esa fotografía en su poder; teniendo en cuenta que Anna es una puerca, pero de esas puercas que gustan a los hombres, la fotografía vale miles de dólares. Por eso no la suelta.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Y usted le ha explicado eso a su hermano Sam?

—Sí, pero no me cree. No me creerá hasta que le frote esa fotografía por las narices. Y si tardo mucho en hacerlo, voy a recibir un mal día su participación de boda con esa furcia.

Clive volvió a cabecear.

Veía la situación clarísimamente. Pocas veces le habían presentado un problema mejor precisado que aquél. Sólo le quedaba una duda.

—Nelly —musitó—, ¿y usted cómo sabe todo eso? Porque imagino que usted no es cliente de La Casa del Irlandés.

Ella se engalló.

—Oiga, macho, le voy a partir la cara.

—Tampoco limpiará los suelos en esa casa. Ni será usted el fotógrafo, imagino.

—Naturalmente que no. Pero conozco al que hace las fotografías y las revela.

—No creo que él vaya diciendo por ahí en qué consiste su trabajo. Sería tanto como hundir al Irlandés.

—Por descontado que no lo dice. Pero mi hermano Sam… ¡ejem!… Se ve que mi hermano Sam ha visitado alguna vez el establecimiento. Él es joven, rico… Usted ya me entiende.

—Sí —dijo Clive, poniéndose verde de envidia—. Ya se sabe. Los hombres jóvenes y ricos hacemos lo que podemos.

—En fin, se ve que un día mi hermano Sam descubrió el truco. Y estuvo a punto de estrangular al irlandés con sus propios dedos, pero el irlandés le prometió que podría visitar su casa cuando quisiera sin pagar nada, y que además le proporcionaría aventuras muy interesantes. Mi hermano ha guardado el secreto.

—Vaya… Se ve que Sam es lo que se dice un santo. La juventud de este pueblo debería tomar ejemplo en él.

—No diga tonterías o al final le voy a partir de verdad un zapato en la cabeza. Sam es un cabeza hueca. No tiene voluntad. Lo que le dicen lo hace.

—Pero le contó a usted lo de los agujeritos.

—Sí. Un día en que estábamos solos me lo contó. Fue al subir yo las escaleras de un granero. «Ten cuidado —me dijo—, ¿entiendes? Hay por Abilene mucho lobo suelto. Y sobre todo no aceptes jamás si alguien te invita a tomar unas copas en La Casa del Irlandés. Pero si eres tan imbécil que aceptas, te prevengo que allí pasa esto y esto». Yo me quedé alelada. No lo hubiera imaginado nunca.

Clive se había puesto amarillo.

Balbució:

—A ver, para que yo lo entienda bien tendríamos que reproducir la escena. Usted me repite lo que le dijo su hermano, pero yo he de ver antes lo que vio él Por ejemplo, súbase a esa silla. Como si fuera la escalera del granero, vamos.

Ella se quitó definitivamente el zapato y lo puso encima de la mesa.

—Mire, polizonte, a la próxima barbaridad que suelte se lo parto entre las dos cejas.

—No se ponga así, caramba… Total, uno quiere hacer las cosas bien. Quedamos en que Sam le contó todo eso. ¿Y hasta le dijo quién era el fotógrafo?

—Sí, pero me rogó que sobre todo guardara el secreto. Yo sé que el fotógrafo es un yanqui con apellido mexicano: se llama Torres. Una noche, muy poco después de morir Morgan, me lo encontré borracho perdido en el porche de casa. Estaba como una cuba. Le ayudé a levantarse y entonces empezó a chamullar una serie de barbaridades que hubieran puesto colorada a una estatua. Que si yo estaba cañón. Que si era una tía buena. Que si patatim, que si patatam. Y, al final, la bomba: «Yo sé muchas cosas de la muerte de Morgan. Tantas que el *sheriff* se asustaría».

—Y entonces usted imaginó lo que había ocurrido.

—Claro que lo imaginé. Era como si ya tuviese en mis manos la fotografía.

—¿Pero por qué pensó que en aquello estaba envuelta Anna? Podía haber sido cualquier otra mujer.

—Lo imaginé porque todo el mundo sospechaba de ella. Porque se sabía que tenía amistad con Morgan. Y porque la habían visto entrar en la Casa del Irlandés el día del crimen. Por supuesto que no puedo estar segura hasta que tenga la fotografía, pero me jugaría las manos a que es ella quien lo mató. Por eso he recurrido a usted, polizonte. Es un trabajo que sólo puede hacer un investigador privado. Consígame esa placa y le pagaré lo que me pida. Por ejemplo, tres mil dólares.

A Clive se le hizo la boca agua.

Mejor dicho, se le hizo la boca *whisky*.

Tres mil dólares juntos, uno encima de otro, no los había visto jamás.

Estuvo tentado de decir enseguida que sí y pegar un salto de

contento, pero pensó que había que aprovechar la situación. Al fin y al cabo tampoco sería tan fácil coger al Irlandés, pegarle una patada en los riñones y hacer que escupiera la foto. Por eso pidió:

—Cuatro mil.

—Está bien, cuatro mil.

Clive lamentó no haber pedido cinco.

—Qui… quisiera un anticipo —dijo.

—¿De cuánto?

Clive se dejó llevar por su impulso. Dijo lo que pensaba, y eso le perdió. Uno no debería decir lo que piensa nunca jamás.

—Un anticipo de tres dólares para comer algo caliente —susurró.

Ella se puso en pie, aún con el zapato en la mano.

—No es usted digno ni de calzarme —dijo.

—Le demostraré que sí. La calzaré.

Dio vuelta a la mesa, le sujetó el zapato —con lo cual evitó que le atizara con él— y se lo puso estando ella sentada.

La chica no se movió.

Había vuelto a cruzar las piernas.

Clive empezó a marearse.

Uno no puede ir mal comido y encima encontrarse con un panorama de tantas curvas.

El humo ya lo llenaba todo.

Ella bisbiseó:

—Parece que se quema algo.

—Quemo yo.

—Tengo miedo —dijo Nelly—. A lo peor hay que saltar por la ventana.

—Yo te ayudaré.

Y la abrazó bien para que la chica no se desanimase.

Y no supo si Nelly se animó o no. Pero lo que es él, se animó muchísimo.

Nelly dijo:

—El humo nos rodea. Creo que corremos peligro.

—Sí, chata, pero yo no te abandonaré.

—La alfombra se ha puesto perdida.

—¿Alfombra? ¿Qué alfombra?

—La que teníamos bajo nuestros pies. Ahora no tenemos más

que ceniza.

—Comprendo que es terrible —musitó él—, pero en un trance como éste un hombre como yo no abandona a una mujer como tú.

Y la acercó aún más.

Mucho más.

Hasta que se encontraron sus labios.

Hasta que ella dijo:

—¡Que me ahogo!

—Es el humo, nena.

Pero no era el humo.

Y hasta que se oyeron una serie de campanillazos en la calle, junto con el galopar estridente de varios caballos. Ella gimió:

—Son los bomberos…

—Nada de bomberos, nena. Son imaginaciones tuyas.

Pero eran los bomberos.

Y cuando un par de ellos entraron por la ventana y quisieron sacar a Clive y a Nelly de allí, por poco tienen que separarlos con hacha.

CAPÍTULO III

Clive Sommers había conseguido un anticipo de quinientos machacantes, lo cual arreglaba muchas cosas en su vida. En primer lugar, bastó con dejar oler un billete al *sheriff* para que éste le considerara ciudadano respetable y rompiera ipso jacto la orden de expulsión. En segundo lugar, pudo pagar el alquiler. En tercer lugar, pudo comprarse ropa nueva y comer y beber pagando al contado, cosa que no había hecho desde que le licenciaron del Ejército.

Pero aquellos quinientos machacantes le obligaban a trabajar, de modo que se puso manos a la obra.

Fue a La Casa del Irlandés.

La Casa del Irlandés estaba en las afueras de Abilene, medio oculta en un bosquecillo. Uno podía ir allí casi sin ser visto. Tenía una entrada principal bastante iluminada que daba a la sala de juego. Mucha gente entraba y salía por allí, ya que el juego era tan normal en Abilene que no había por qué ocultarlo. En cambio otras dos entradas resultaban mucho más discretas. Clive se dio una vuelta por la sala de juego y observó.

Nadie le hacía caso.

En Abilene se sabía que Clive no tenía un níquel, de modo que no le invitaron a sentarse a ninguna mesa. Todos daban por descontado que estaba allí en plan de fisgón.

Luego salió y trató de entrar por una de las puertas reservadas.

Estaba abierta.

Sólo un farol la iluminaba muy débilmente.

Al parecer, las personas que ya estaban en el ajo de la cuestión entraban directamente, en busca de las habitaciones que tenían consignadas.

A Clive le pareció muy fácil.

Quizá aquella misma noche terminaría el trabajo… ¡y a cobrar!

Pero empezó a cambiar de opinión cuando aquel revólver, saliendo de la oscuridad, se le clavó entre las costillas.

Una voz dijo:

—¿Dónde está su chica, forastero?

—Me espera.

—Menos cuentos. Aquí nadie espera a nadie. Lárguese si no quiere que le adorne las costillas con una onza de plomo.

Clive dijo.

—Me largo.

Dio un paso.

Y de pronto sus manos se movieron.

El que se «largó» fue el otro.

Cuando quiso apretar el gatillo, dos garfios de hierro ya le habían sujetado las muñecas y tiraban de él. Gimió roncamente, dio una vuelta de campana y se estrelló contra una de las paredes. Cuando cayó de nuevo al suelo, estaba tan K. O. que ni las campanas de la catedral de San Patricio —que ya por entonces empezaban a ser famosas— hubieran bastado para despertarle.

Clive siguió avanzando.

Toda la pared había retemblado con el golpe, pero allí nadie quería enterarse de nada. Ninguna puerta se abrió. Clive llegó al fondo del pasillo, donde había un vestíbulo.

Y allí le recibió no un tío con un revólver.

Sino una mujer con una faldita que no le llegaba ni a las caderas.

Ella musitó:

—Hola, pocholo.

Clive dijo:

—Aparta, chata.

Y fue a ladearla, porque tenía un camino que seguir. Y eso que con aquella chica valía la pena hacer parada y fonda.

Ella bisbiseó:

—El que vas a apartarte eres tú, pocholo.

Y la muerte brilló en su mano derecha.

La muerte descansaba en el fondo de aquel cuchillo curvado, una hoja de acero que había sido forjada para segar gargantas. Clive se la vio encima cuando apenas había tenido tiempo para

parpadear. En el último segundo pudo sujetar la derecha de la mujer, retorcerla y obligarle a soltar el cuchillo.

Ella trató de morderle.

Lástima que empleara su boca en cosas tan prosaicas.

Clive la apartó de un empujón, la hizo chocar contra la pared y, cuando vio que aquella diosa vengadora resbalaba hasta quedar sentada en el suelo, se inclinó para recoger el arma.

Era tiempo.

Si llega a entretenerse una décima de segundo más, le dejan seco.

El buitre que había aparecido por una de las puertas debía ser uno de los hombres del irlandés. Llevaba entre las manos una escopeta de cañón corto, cargada de metralla. Por lo visto, allí debían tener muchas atenciones con los clientes, pero los que no lo eran… ¡al diablo!

Su enemigo lanzó apenas un gruñido, al recibirla en el lado izquierdo del pecho. Se llevó las manos a la herida, intentando sujetar el mango y desclavarlo, pero las fuerzas le fallaron. Lanzó un segundo gruñido, que era ya casi un estertor, y se desplomó pesadamente.

La mujer, todavía sentada en el suelo, murmuró:

—Le has dado bien, pocholo.

—Por lo visto, no lamentas mucho su muerte.

—Ni pizca. Donald era el matón del establecimiento. Lo mismo servía para echar a un cliente borracho que para zurrarnos a nosotras hasta ponernos la piel morada.

—¿Hay otras chicas aquí?

—El irlandés siempre tiene algunas. Yo soy una de ellas. Pero te juro por mis narices que no me gusta esto. Y las narices son la única cosa entera que me queda.

—Tal vez pudieras ayudarme.

—Depende de lo que busques, nene.

—Busco a Torres.

Ella hizo un gesto de asco.

—Oye, no me dirás que pareces una cosa y eres otra. ¡Es el colmo! ¡Entrar en La Casa del Irlandés a buscar a un hombre!…

—Nena, ya me estás chinchando. Si las narices son la única cosa entera que te queda, no van a durarte mucho rato.

—¿Pues para qué quieres a Torres?

—Es el fotógrafo, ¿no?

—Nunca he sabido que aquí hubiera un fotógrafo.

Clive arqueó una ceja. Y comprendió que Torres debía tener algún sistema secreto, algo que sólo él y el irlandés sabían, porque de lo contrario el truco de las fotografías, conocido por demasiada gente, se hubiera divulgado por toda la ciudad.

—¿Qué hace Torres aquí? —murmuró.

—Es el encargado de la conservación del edificio y de los materiales que hay en él. Te parecerá mentira, pero sólo en botellas para el servicio de la sala de juego, aquí se guarda una fortuna.

—¿Y dónde está?

—Lo encontrarás si pasas por encima del cadáver y entras por esa puerta.

Clive fue a hacerlo.

Pero ella musitó:

—Nene…

Él dijo:

—Nena…

—¿Ése es el modo de agradecer una información de primera mano?

—¿Y cómo he de agradecérsela?

—Quiero que me des un beso de primera boca.

Clive pestañeó.

Pero el deber es el deber.

Uno no puede despreciar así como así a una chica, aunque a esa chica sólo le quede la nariz entera.

De modo que pagó aquella información de primera mano.

Clive empezaba a entusiasmarse.

Meterse de cabeza en aquel asunto estaba muy bien, pero que muy bien.

Sin embargo no había metido la cabeza ni las manos. Lo que había metido era la pata.

Lo comprendió cuando aquella helada hoja de acero se apoyó en su cuello.

Y cuando la chica de las narices —y de muchas cosas más, qué caramba— se apartó para decir:

—Aquí lo tienes, Mirko. Enterito para ti solo.

Mirko resultó ser un gorila hijo de su padre que parecía haber nacido para degollar hombres. Movió un poco la mano derecha, hizo que la hoja de acero segara el cuello de Clive y éste sintió resbalar angustiosamente, camisa abajo, el chorro de su propia sangre.

Pero Mirko no había querido matarlo, porque pensaba sacar información de él. Sólo había clavado el cuchillo lo suficiente para que la sangre resbalara, sin cortar ninguna arteria vital.

Susurró:

—Puedo apretar un poco más, amigo. Dime qué has venido a hacer aquí. Dime por qué has matado a Donald.

—Donald quiso matarme a mí.

—Eso me parece muy razonable. De modo que, si no tienes más que decir, te deseo buen viaje a la eternidad, muchacho.

Y fue a segar el cuello de Clive esta vez definitivamente. El detective murmuró:

—Espera.

—No me digas que vas a dictar testamento… O que, como buen condenado a muerte, vas a pedir una última cena.

—Buena idea —dijo Clive—. Siempre he deseado atizarme una langosta para mí solo.

—Quizá te la den en el Valle de Josafat. Hala, revienta.

Pero, con aquel diálogo, Mirko se había distraído un momento. Se había distraído lo suficiente para no darse cuenta de que Clive acababa de elevar la mano derecha, colocando los dedos sobre el antebrazo de su verdugo.

De este modo le inmovilizó cuando el otro fue a proponer el tajo mortal.

Al avanzar el brazo, Mirko se dio cuenta con sorpresa de que una especie de barra de acero lo frenaba.

No fue sólo eso.

Se dio cuenta también de que los tobillos hacen pupa cuando a uno le clavan en ellos nada menos que una espuela.

Y eso era lo que había sucedido. Mirko quedó de color morado. Boqueó, intentó retroceder y en ese momento Clive tiró definitivamente de su muñeca derecha, cargándolo sobre su hombro y haciéndole dar una vuelta de campana.

Mirko se estrelló contra la mujer.

Pero aún intentó mover su cuchillo.

Clive bisbiseó:

—Lo siento, compañero.

Fue él quien torció, con una rapidez alucinante y una fuerza hercúlea, el brazo derecho de Mirko, haciendo que el propio cuchillo de éste se le clavara en la garganta.

Mirko lanzó una especie de gorgoteo.

Nada más.

Mientras tanto la chica había tratado de huir, pero Clive la sujetó por la nuca. De un seco golpe le estrelló la cara contra la pared. Cuando ella se retiró, gimiendo, tenía el cartílago nasal roto y las narices llenas de sangre.

Clive musitó:

—Siento que ya no te quede nada entero, nena.

Ella barbotó por entre sus dientes apretados:

—¡Estúpido! ¡Yo trabajo en esto, pero a mí nadie me ha tocado para nada! ¡Yo lo tengo todo entero, idiota!

Clive se llevó una mano a la boca mientras farfullaba:

—Lástima no haberlo sabido antes…

Y es que con las mujeres, la verdad, uno no gana para sorpresas.

CAPÍTULO IV

Por el momento Clive no tenía que temer nuevos ataques, o al menos eso parecía. Más allá de la puerta por la que habían surgido Donald y Mirko se extendía un corredor, al final del cual existía un despacho con una ventana enrejada. Eran las rejas las que habían impedido saltar por allí al hombre que ocupaba el despacho, el cual debía sentirse como una rata acorralada.

Al ver a Clive retrocedió poco a poco.

En su derecha empuñaba un revólver.

Pero se notaba que las armas no eran su especialidad. Se notaba que el tipejo tenía miedo.

Clive bisbiseó:

—Más vale que no toques tu petardo, amigo. Yo podría tocar también el mío y nos haríamos pupa los dos. Quizá será mejor que hablemos amistosamente.

Al otro le temblaba la mandíbula.

—¿Qué quieres? —balbució—. ¿Tú no eres un polizonte muerto de hambre que vive en Main Street? ¿Qué cuerno haces por aquí? ¿Qué buscas?

—Busco a un asqueroso tipo llamado Torres. Y supongo que el asqueroso tipo llamado Torres eres tú.

—¿Y eso qué?

Clive tendió la palma de la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía el revólver.

—Dámelas, hermano. Dámelas antes de que aquí venga alguien, yo me ponga nervioso y empiece a disparar.

—¿Qué es lo que he de darte?

—Las placas.

—No… no sé de qué me hablas.

Pero en sus ojos aterrorizados se notaba perfectamente que sí que lo sabía.

—No las quiero todas, sino una solamente —murmuró Clive—. No tengas miedo, no voy a estropearos el negocio ni a tu dueño ni a ti. Total, por una menos no va a pasar nada.

—¿Cuál… cuál quieres?

—Cuando las vea te lo diré. De momento enséñamelas todas.

Torres dejó caer el revólver. Temblorosamente se acercó a la gran caja de caudales que ocupaba parte del despacho.

Actuaba lentamente. Sin duda quería ganar tiempo para ver si alguien más se acercaba por allí.

Clive musitó:

—Yo no lo haría, muchacho. Más vale que acabes cuanto antes. Si alguien nos interrumpe, tú recibirás la primera bala.

El otro empezó a darse prisa.

Una prisa febril.

Se notaba que era un pobre tipejo que no había salido nunca del mundo de sus cámaras fotográficas.

Al abrir la caja, aparecieron varias cosas que no interesaban a Clive: fajos de billetes, bolsas llenas de monedas de oro, carpetas con documentos… Lo único que buscaba Clive estaba allí, a la derecha. Consistía en un paquete de fotografías, todas ellas en primorosa cartulina, y unidas por una cinta roja. Había al menos veinte o veinticinco.

Torres las depositó temblorosamente sobre la mesa.

—Ahí las tiene… No hay más.

—¿Cómo las consigues? Porque me parece que en esta casa nadie sabe que aquí hay unas máquinas fotográficas.

Torres movió una librería que ocupaba parte de otra pared, y que parecía muy pesada, pero que en realidad giraba en silencio sobre unos goznes muy bien engrasados. Aquella librería era, en realidad, una puerta falsa. Más allá empezaba un pasillo estrecho, débilmente iluminado. El pasillo estaba cubierto por una gruesa alfombra, para que los pasos de los que entraban en él no hicieran el menor ruido.

Seis máquinas fotográficas, pesadas y aparatosas como todas las de la época estaban acopladas a la pared, tres a cada lado. Se sostenían por medio de unos trípodes muy bien regulados, de modo

que allí lo único que había que hacer era cambiar las placas y disparar.

—Hay tres habitaciones a cada lado de ese pasillo —explicó Torres con voz débil—, y por lo tanto hay también tres cámaras en cada parte. Cuando todas o algunas de las habitaciones están ocupadas, yo entro en el pasillo, y hago el recorrido en absoluto silencio. Disparo, retiro la placa impresionada, la sustituyo por otra y paso a la cámara siguiente. En total tardo de cinco a seis minutos en hacer el recorrido de las seis máquinas. Eso significa que cada cinco minutos aproximadamente se hace una fotografía en cada habitación. Casi todas hay que tirarlas, pero otras valen la pena. Mírelas.

Y Torres cerró la puerta falsa.

Clive desató la cinta y echó una ojeada a las fotos.

¡Diablos, claro que valían la pena!

Primero el joven se puso blanco.

Luego amarillo.

Después rojo.

Las manos le temblaban.

¡Qué señoras!

¡Y quién lo hubiera imaginado!…

Algunas de las que había visto paseando por la calle principal de Abilene, orgullosas y altivas, luciendo su respetabilidad, aparecían allí bastante menos respetables, pero también bastante más bonitas.

Y algunos fulanos de los que se las daban de íntegros, y que en las campañas electorales tronaban contra la inmoralidad pública, se mostraban allí en una actitud que hubiera puesto las narices coloradas a miles y miles de votantes.

Claro que Clive apenas se fijó en ellos.

Se fijó en las señoras.

Algunas le hicieron parpadear de cinco a seis veces seguidas.

Hasta que sus dedos tocaron aquella última foto.

Casi la tuvo que dejar resbalar, incapaz de sostenerla.

Era…, era asombrosa.

Imposible ver un crimen más nítido, más perfecto, con más lujo de detalles.

En el centro de la habitación estaban la mujer y el hombre.

Ella le apuñalaba.

Se distinguían perfectamente las caras de los dos.

Y, en cuanto a la chica, también se distinguían muy bien cosas que no eran precisamente de la cara.

Torres musitó:

—Ya imaginaba que venía a por ésta.

—¿Sabe que es usted un artista, amigo?

—Y un cuerno. Mi único arte estuvo en instalar las máquinas bien. Lo otro podría hacerlo un aprendiz. Además, casi siempre por falta de luz, se estropean la mayor parte. Para obtener éstas, he tenido que emplear un número de placas casi ochenta veces superior. Cuesta un dineral ese cochino juego.

—Ya lo supongo. Pero supongo también que el Irlandés no vendería todo esto por medio millón de dólares.

—¡Claro que no! Y tal vez usted tenga la tentación de llevarse las fotografías, cochino polizonte. Tal vez piense que el negocio lo hará usted. Si es así, quítese esa idea de su podrida cabeza. El Irlandés le perseguirá hasta el fin del mundo, y cuando le tenga dejará su cuerpo convertido en algo que no van a querer ni los fabricantes de embutidos.

Clive rió silenciosamente.

—No le será tan fácil. También lo han intentado ésos de ahí fuera, y ya ves.

—Por si acaso, usted pruebe.

—No pienso probar —dijo Clive tranquilamente—. Sólo me interesa una fotografía, y de las demás puede hacer el Irlandés lo que quiera. Él y sus clientes, con su pan se lo coman. Proponle un trato: dile que yo he podido llevarme todas las placas y que sólo me he llevado una. Dile también que no pienso molestarle para nada más, pero a cambio de que no me moleste él tampoco. Si quiere guerra, la tendrá. De todos modos, creo que le conviene el acuerdo.

Torres cabeceó.

—Tal vez sí. Y ahora lárgate.

Clive deslizó la fotografía en uno de sus bolsillos.

Se dirigió hacia la puerta.

Y de pronto se volvió, rechinando los dientes, mientras el «Colt» parecía brotar otra vez de entre sus dedos como por encanto, como si hubiera nacido allí.

Torres, que ya iba a disparar, soltó el «Colt» bruscamente,

poniéndose lívido como un cadáver.

Clive no disparó.

Sólo dijo secamente:

—Te libras porque quiero que le des mi recado al Irlandés. Pero la próxima vez que hagas el idiota, te balearé desde las cejas hasta el ombligo y te meteré en una de esas cochinas habitaciones.

—¿Y… y luego? —farfulló Torres.

Clive dijo por entre sus dientes apretados:

—Luego sacaré una foto.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, Clive ya podía dar, pues, por cumplido el encargo que le hicieron. Tenía la fotografía y por lo tanto una prueba abrumadora contra Anna. En cuanto el juez la viese, ya casi no haría falta ni que el jurado se reuniera.

Por lo tanto ya podía ir al rancho de Nelly, entregar la «mercancía» y cobrar.

Durante casi toda la noche no había dormido, porque pensaba que el Irlandés iba a atacarle con todos sus hombres disponibles, para tratar de recuperar la fotografía. Sin embargo el Irlandés no atacó. Fuera porque no hubiese salido aún de su sorpresa, o fuera porque no tuviese en aquel momento pistoleros capaces, el caso fue que dejó a Clive en paz.

Éste se dirigió a caballo al rancho de Nelly.

Había pasado alguna vez por allí, durante sus seis meses de residencia en Abilene, pero sin entrar en las tierras. Ahora se daba cuenta de lo mucho que valían. El heredero de todo aquello, es decir Sam, iba a ser un potentado. No resultaba nada extraño que Anna quisiera cazarle.

Por cierto, la tal Anna no estaba nada mal.

Al contrario, estaba, pero que muy bien.

Muy requetebién.

Pistonuda.

¡Y con aquella ropita!

Clive echó una última ojeada a la foto y en aquel momento se vio encañonado por un rifle.

—¡Eh, forastero! ¿Qué busca?

El centinela había aparecido en lo alto de un frondoso árbol. Clive no podía ni imaginar que hubiera un puesto de vigilancia allí.

Alzó las manos levemente.

—Tengo una cita con la señorita Nelly.

—¡Ah! ¿Es usted Clive Sommers, el detective privado?

—Sí.

—Me ha dicho que tal vez vendría. Pase, pero antes deje caer su revólver al pie del árbol. Yo se lo devolveré al salir.

Clive obedeció mientras gruñía:

—Cuando hay confianza da gusto.

De todos modos, aquellas precauciones eran normales en Abilene, tenía que reconocerlo. Precisamente al trasladar su despacho allí había pensado: «En una ciudad tan violenta y con tantos líos, me forro». Pero ya, ya. Seis meses casi sin comer para llegar al fin a aquel negocio pestilente, ante el que había que taparse las narices a una milla.

«Hay que comer —pensó Clive—, y al fin y al cabo yo no hago más que servir a la ley».

Entró en el edificio-vivienda del rancho, donde fue atendido por un gentil y untuoso camarero chino. Éste le pidió que aguardara unos minutos, porque la señorita Nelly aún no estaba visible.

Clive aguardó.

Como al fin y al cabo era una pesquisa, se dedicó a husmear por entre todos los objetos que había en el vestíbulo. Éste olía a dinero por todas partes. Dinero, dinero y dinero. Objetos traídos de China, de Ceilán, de las Indias holandesas, de Europa… Aquello mareaba. Había también diversos cuadros en las paredes, entre ellos un certificado enmarcado con todo lujo, y en el cual se acreditaba que el dueño de aquel rancho había sido soltado de presidio quince años antes, por buena conducta. Bastantes ricachones del Oeste tenían certificados así, certificados que no ocultaban, antes al contrario. Así podían señalarlos a sus amistades con los dedos cargados de anillos mientras decían: «Aquí donde me ve, yo me abrí camino por mi propio y honrado esfuerzo, empezando desde abajo. Yo empecé asaltando diligencias…»

También había una fotografía enmarcada, reproduciendo a las niñas de un grupo escolar. Bueno, más que niñas jovencitas que ya empezaban a estar en edad de merecer. Debían ser las alumnas de un colegio lujoso, a juzgar por sus uniformes. Entre ellas no costaba ningún trabajo distinguir a Nelly, que estaba en primera fila. Nelly

torcía un poco el pie derecho, en posición poco académica, y que sin duda una profesora de baile le hubiera reprochado. Pero eso daba una innegable gracia y una enorme espontaneidad a su figura.

Era, con mucho, la más bonita del grupo.

Debía tener entonces unos dieciséis años.

Y estaba ya cañón.

¡Cómo estaría ahora, cuando tenía veinte!

La voz dijo desde lo alto de la escalera:

—No se moleste en mirarme. Yo era antes lo que se dice una niña sosa. ¿No le gusta más así?

Clive alzó la cabeza.

Claro que le gustaba más.

Con aquella bata hasta los pies, pero entreabierta de rodillas para abajo. Con aquellas medias tan finas y que debían ser tan suaves. Con los cabellos rubios cayéndole sobre los hombros. Con todo.

—Papá siempre quiso que fuera a colegios de lujo —susurró Nelly mientras descendía—. Ese que ve es un colegio de Filadelfia. El país estaba en plena guerra civil, pero allí no sufríamos nada. Esa fotografía costó un dineral. Entonces se consideraba un invento prodigioso.

Clive dejó de mirar el retrato.

Le interesaba mucho más la chica.

Le parecía increíble que un día antes hubiera podido besarla.

Ella se sentó, y le señaló el diván frontero.

—Acomódese, polizonte. ¿Un *whisky*?

—No me vendría mal.

Se lo preparó ella misma. Al hacerlo cambió de postura al menos tres veces, y tres veces Clive sintió que perdía el mundo de vista. Menos mal que estaba bien sentado y sujeto, porque de lo contrario rueda por tierra.

Mientras bebían ambos, se miraron a los ojos.

Ella le interrogó con la mirada.

Clive dijo:

—Sí.

Y depositó la fotografía sobre la mesita que los separaba.

Los dedos de la muchacha la tomaron. Temblaron ostensiblemente mientras la miraba con ojos incrédulos.

—Es espantoso… —balbució.

—Reconozco —murmuró Clive— que el espectáculo no resulta el más adecuado para una señorita. Jamás he visto un crimen captado con tanta profusión de detalles.

—No me refería al crimen. Sólo me estaba fijando en esa mujer… Ésa… esa indecente puerca…

Clive guardó silencio. Desde luego la mujer estaba indecente, y puede que puerca también. No lo discutía. Pero a él le sugería también una serie de ideas más… digamos más suaves.

—Oiga, macho —murmuró Nelly—. No le gustará esta tía, ¿eh?

—Cuando se trata de asuntos profesionales, yo no opino —dijo ambiguamente Clive—. Y ahora, ¿qué va a hacer con la foto? ¿Enseñársela a su hermano o llevarla al *sheriff*?

Nelly vaciló.

Dio la sensación de que el asunto la había estado atormentando durante las últimas horas.

—No sé bien qué hacer —susurró—. Tengo unas ganas enormes de enseñar la foto a Sam, a ver si despierta de su maldito sueño. Pero por otro lado temo que no me crea y encima, en un momento de furor, rompa la placa. Tal vez fuera mejor entregarla directamente al *sheriff*.

—Y así Sam tendría ocasión de verla durante el juicio y no podría destruirla, ¿verdad?

—Exacto.

Clive parpadeó.

En cierto modo hubiera podido considerarse un hombre feliz. Había realizado con éxito el trabajo mejor pagado de su vida. Iba a cobrar una montaña de dólares.

Pero un pensamiento le atormentaba.

—¿Se da cuenta de que esto significa para Anna una condena a muerte? —musitó.

—Sí, ya me doy cuenta. Y en el fondo no crea que me alegra. Yo sólo pretendo salvar a mi hermano de las garras de esa maldita, pero no aspiro a que la ahorquen. Sin embargo, ¿qué voy a hacer? Se ha cometido un crimen y la justicia debe seguir su curso. ¡Si al menos ella hubiera matado a Morgan por un motivo pasional! Pero no. Lo asesinó fríamente para robarle. Lo lamento mucho, pero es ella la que ha cometido ese crimen, Clive, no yo. Cada uno debe

apechugar con las consecuencias de sus actos.

Clive pensó que la tentadora muchacha tenía razón.

Viéndola así, con sus tentadoras piernas cruzadas, le hubiera dado la razón en cualquier cosa.

Pero además la tenía, qué cuerno.

—Haga lo que crea oportuno —musitó.

—Se la entregaré al *sheriff*. Lástima que no podré hacerlo enseguida, porque él está de patrulla por los alrededores. La depositaré en sus manos mañana por la mañana.

Y cambió de lugar, pasando al diván de Clive, mientras susurraba:

—¿Pero por qué hemos de hablar de asuntos materiales, macho? ¿Por qué, estando juntos los dos?

Clive musitó:

—Hablando de asuntos materiales… ¡Ejem! Ahora me acuerdo de una cosa.

—¿De cuál?

—La pasta.

—Te la pagaré enseguida, tonto. Pero antes, ¿por qué no charlamos un momentito tú y yo?

Y se puso más cerca aún de él, ofreciéndole sus pulposos labios.

Clive tenía ganas de besarla.

¡Claro que tenía ganas!…

Pero antes miró a todos lados.

Ella preguntó, extrañada:

—¿Qué haces?

—Miro que no se queme ninguna alfombra…

CAPÍTULO VI

Al salir del rancho, Clive tomó su caballo y se dirigió a la oficina del *sheriff*. No encontró a éste, sino a su ayudante. Era verdad que el jefazo se encontraba de patrulla.

El ayudante preguntó con cara de mala jeta:

—¿Qué quiere usted? ¿No tenía pendiente una orden de expulsión?

Clive sacó el enorme fajo de billetes que acababa de cobrar y lo pasó por delante de las narices del otro.

—Tome, amigo, huela. Al *sheriff* ya le dejé olfatear ayer una parte. Voy a abrir una cuenta corriente en el Banco.

El ayudante se sobresaltó.

—Perdone… Nada de órdenes de expulsión. Debí confundirle con otro. Si quiere presentarse a las elecciones para concejal, aún están abiertas las candidaturas.

Clive guardó todos los billetes menos uno, que depositó sobre la mesa.

—Tome, amigo, para que se ponga un lacito en el rabo. Pero cómpreselo de color de rosa.

Y salió.

Intentó silbar una cancioncilla. Fue a ingresar el dinero en el Banco con gesto optimista. Hizo toda clase de esfuerzos para convencerse de que era un hombre feliz.

Pero no podía.

Le atormentaba la idea de que a la mañana siguiente Anna sería detenida. Y probablemente ahorcada una semana después.

Claro que había cometido un crimen.

Y, como había dicho muy bien Nelly, cada uno tiene que apechugar con sus actos.

Pero Morgan, mientras vivió, había sido un cerdo.

No se puede; ahorcar a una mujer porque elimine a un cerdo de este mundo.

Sin embargo lo harían.

Y la gente iría a ver colgar a Anna. Y tendrían el cuerpo expuesto veinticuatro horas. Y él, aunque no fuese a la ejecución, oiría los gritos de la gente cuando se abriese la trampilla. Y se encontraría aquel cadáver en todas partes, aunque cerrase puertas y ventanas.

Todo por un montoncito de dólares.

Todo porque él tenía que ganarse la vida.

Chascó los dedos y tomó una decisión.

La ausencia del *sheriff* había sido providencial.

Anna disponía de casi veinticuatro horas.

Le diría a la chica que huyese. Le hablaría de lo que se preparaba contra ella. «Que se largue —pensó Clive—. Es una solución intermedia que no hace daño a nadie».

Y buscó a Anna.

No era tan difícil.

Ella cantaba en el saloon de Pickwick.

Clive podía haberla visto muchas veces.

Pero él no había ido hasta entonces a los saloons por una sencilla razón: por no tener una perra gorda.

Se acercó al de Pickwick.

Había un magnífico dibujo pintado junto a la entrada. Un dibujo de esos que hacen la boca agua a los que pasan. La chica lucía una falda abierta hasta medio muslo. Tenía una cara angelical. Estaba en actitud de cantar. Y debajo, en grandes letras rojas, un anuncio proclamaba:

«La bella Anna»

A continuación, en letras más pequeñas:

«Actuación todas las noches a las diez. Venga usted sin que su mujer se entere»

Clive la miró con atención.

Sí, era la chica. Era la de la foto. Él la había visto en una actitud en que seguramente ninguno de los habituales del saloon llegaría a verla jamás. La había visto con una ropa —o mejor dicho sin ella— que dejaba pequeñito a aquel anuncio del saloon, con todo lo provocativo que éste quería ser.

El joven entró.

No sabía dónde vivía Anna.

Pero allí se lo dirían tal vez, ya que él no estaba dispuesto a esperar hasta las diez de la noche.

En el saloon no había nadie a aquella hora. El camarero, que estaba mamando de una botella, la dejó con gesto sobresaltado y miró con ojos entrecerrados al visitante.

—Hola, amigo. ¿Qué quiere? ¿Un *whisky*? ¿Un mazo de cartas? ¿Un huevo pasado por agua? ¿Un ataúd? ¿Una chica?

Clive señaló el cartel.

—¿Dónde vive ésa?

—Poco a poco, amigo. *Stop*. Atención, ponga el freno a su carromato. Repórtese. Anna no sale con cualquiera.

Clive puso diez dólares sobre la barra.

—Es que yo no soy un cualquiera —musitó.

La actitud del camarero cambió enseguida.

—Adelante, amigo. Animo. No se detenga. Suba por esa escalera. Llame a la primera puerta. No espere a que le abran. Métase dentro. Decídase. Lo demás es cuenta suya. Haga lo que pueda.

El tío hablaba como una ametralladora.

Clive dijo:

—Gracias.

Y volvió a embolsarse el billete de a diez, que aún estaba sobre la barra.

La puerta que le señalaban correspondía al piso superior, donde al parecer había una especie de residencia para las artistas del saloon. Clive llamó, pero siguiendo el consejo no esperó a que le abriesen. Empujó y se coló dentro.

Una chica de campeonato.

Pero no era Anna.

Anna aún estaba mejor. Anna, según había deducido por la

fotografía y el cartel, estaba como para caerse muerto.

La chica dijo:

—Le han informado mal, amigo. Aquí nada de nada. No recibimos visitas.

—Busco a Anna.

—Pues ella menos.

—Sí, ya sé que sólo sale con millonarios.

—También le han informado mal. No sale con nadie. Y si lo dice por lo que hablan de ella y Morgan, puede irse al cuerno. El cuerno está cerca de aquí, saliendo a mano derecha.

Clive no se inmutó.

La experiencia le había demostrado que las mujeres, tratándose de un detective privado, o le reciben a besos o le reciben a salivazos y a golpes de tacón.

—¿Anna vive aquí? —preguntó.

—Sí, vivimos juntas. Es mi mejor amiga.

—¿No está?

—No. Ha ido de compras.

—Necesitaría hablar con ella. Es importante.

—¿Importante para quién? ¿Para ella o para usted? Voy a decirle una cosa, hermano: todos los sobones de la ciudad emplean el mismo truco.

—Es importante para ella —dijo Clive—. Y ténsate mejor esa media, nena. La costura te queda torcida.

Ella hizo un gesto de desprecio, se bajó la falda y se sentó en una butaca, junto a la cual había un hermoso perrito de peluche.

—Espérela si quiere —musitó—. Mientras tanto yo me maquillaré un poco. He de salir.

Y se sentó ante el tocador, disponiéndose a abrir sus cajitas de cosméticos.

Pero en aquel momento la puerta se abrió.

Y Clive vio varias cosas.

Primero una mano enguantada.

Después un revólver.

Y después un brazo humano, un brazo que no terminaba en una mano como todos los demás, sino en un horrible garfio.

CAPÍTULO VII

Clive había visto brazos así, terminados en garfios, en algunos sitios de los muelles, especialmente entre los rudos marinos que en aquella época surcaban el Mississippi. Pero no esperaba ver en Abilene una cosa así, y mucho menos en el apartamento de una chica tan bonita.

De todos modos ya no tenía tiempo para reaccionar.

El revólver le estaba apuntando.

El hombre que lo empuñaba entró del todo, seguido por el fulano del garfio. Éste era enorme y tenía unas facciones cuadradas que parecían talladas en madera de roble viejo. Vestía con cierta elegancia. Sus ojos vidriosos miraron a Clive con un odio indefinible, un odio que el joven no había visto jamás en unas pupilas humanas.

Sabía que aquel tipo era el irlandés.

Pero ignoraba el detalle de que era manco y tenía un garfio en lugar de mano derecha, ya que nunca lo había visto tan de cerca como en aquel momento.

El Irlandés masculló:

—Éste tiene que ser el tipo. Me lo han descrito bien.

Clive arqueó una ceja.

No quiso «sacar» porque estaba en situación muy desfavorable. Además no pudo. El tipo del revólver, mientras se lo clavaba con una mano en la frente, le arrancaba el «Colt» con la otra.

La chica del tocador estaba petrificada de espanto. No se atrevía a mover un dedo.

Clive susurró:

—Supongo que mi descripción te la ha hecho Torres, Irlandés. Entre Torres y la muchacha de la nariz rota me habrán puesto

verde, supongo. Pero yo propuse un trato. Supongo que te lo habrán dicho.

El Irlandés rechinó los dientes.

—El trato no me convence. Por eso estoy aquí.

—¿Y qué quieres?

—Escupe la foto.

—Ya no la tengo.

—No, ¿eh? ¿Quieres decir que trabajabas para un cliente?

—Sí.

—¿Qué cliente?

—No puedo decirlo. Es secreto profesional.

El punto de mira del revólver barrenó un poco la cara de Clive, abriéndole la mejilla.

Éste pensó: «Pedí poco dinero, diablos. Ahora me doy cuenta de que he trabajado barato…»

Pero pensó también que no le matarían mientras no diese el paradero de la foto. Ésa era la única baza que tenía a su favor, en aquella condenada partida.

—Te destrozaré con el garfio si no lo dices —barbotó el Irlandés.

—Aún tengo en el cuello las marcas que me dejó ayer tu esbirro Mirko. Si no me asusté entonces, ¿por qué voy a asustarme ahora?

El Irlandés le puso el garfio en la nuca.

Le bastaría apretar un poco para clavarlo hasta el fondo en la cabeza de Clive. Dejaría a éste ensartado como una res.

Pero Clive no parpadeó.

Pensaba que el otro aún no iba a decidirse.

Mientras tanto el del revólver, sin dejar de apuntarle, le registraba meticulosamente.

—Nada, jefe. Debe ser verdad lo de que ha entregado ya la fotografía.

—¿A quién?

—No me lo sacarás —dijo Clive—. Puedes matarme si quieres, pero no me lo sacarás.

—Quizá te lo ha encargado la propia Anna —musitó el Irlandés —. Sí, claro esto tiene que ser. La fotografía la compromete a ella. ¡Tiene que ser ella la que te ha pedido que la rescataras!

—Tonterías —dijo Clive—. Vosotros conserváis el negativo y podéis sacar otras copias.

—Te equivocas. Ese negativo no existe. Algunos se nos estropean, y ése fue uno de ellos. De manera que me interesa recuperar la fotografía, y ahora sé que tiene que estar aquí.

Clavó en la chica sus ojillos bovinos.

—Tú lo tienes —masculló—, tú lo has guardado para esa puerca de Anna.

La bailarina gimió, completamente aterrorizada:

—No… No lo tengo.

—¡No lo tiene! —barbotó Clive—. ¡Dice la verdad!

—Eso lo veremos.

Y se distanció del joven para acercarse a la bailarina, mientras Clive seguía apuntado por el revólver. El garfio se apoyó en la nuca de la chica exactamente igual a como unos segundos antes había estado apoyado en la nuca del detective.

El Irlandés barbotó:

—¡Habla!

—No… no sé nada…

—¡Habla!

Y dibujó con el garfio una «S» espantosa en el cuello de la muchacha, como si fuera a segárselo.

Ella gimió horrorizada, mientras la sangre saltaba hasta el cristal del tocador.

Y entonces Clive pensó que no iba a estarse quieto ni un segundo más. Tenía que intervenir. Había llegado el instante decisivo.

CAPÍTULO VIII

Siempre que se encontraba en una situación así, pensaba lo mismo: «Bueno, muchacho, ahora van a arrancarte la piel, de modo que pon buena cara».

El del revólver seguía apuntándole, pero estaba pendiente de la chica. Por lo visto le divertía mucho lo que el Irlandés iba a hacer con ella. Lanzó una risita ronca mientras preguntaba:

—¿Por qué no la liquida de una vez, jefe?

De repente la risita se le heló en los labios.

La mano derecha de Clive había subido de pronto. Se movió con tal rapidez que cuando el pistolero apretó el gatillo, ya el cañón estaba por encima de la cabeza del joven. Éste había elevado con el golpe el antebrazo de su enemigo, haciéndole perder la puntería. La bala fue a estrellarse inútilmente en una de las paredes.

El Irlandés se volvió.

Sus facciones estaban congestionadas de rabia.

—¡Idiota! —aulló—. ¡Idiota!…

Clive no se había estado quieto. Antes de que su enemigo amartillara de nuevo el «Colt», le retorció el brazo derecho en una salvaje presa. Se oyó un lúgubre chasquido de huesos y enseguida un grito de agonía.

El pistolero perdió el sentido. Clive se dispuso a abalanzarse sobre el Irlandés.

No tenía más que sus manos desnudas, mientras que el otro tenía su garfio.

El Irlandés soltó a la muchacha y esperó el ataque. Sus labios se habían curvado en una mueca sardónica. Cuando el joven se lanzaba a fondo, él disparó el garfio.

Estuvo a punto de ensartar el cuello de Clive. El joven se ladeó

en la última fracción de segundo, mientras sentía en su piel el frío de la muerte.

La punta del garfio le produjo unas gotas de sangre.

Un poco más y le desgarra el cuello como la hoja de una guillotina.

Clive, al esquivar el feroz zarpazo, resbaló. El Irlandés alzó el garfio de nuevo mientras aullaba con expresión de placer. Esta vez su víctima no iba a poder ladearse.

Clive movió frenéticamente la silla que tenía junto a él. El garfio se clavó en la madera, a muy poca distancia de su cuello.

El Irlandés barbotó un par de frases ininteligibles. Su boca destilaba espumarajos de rabia. Retiró la silla y fue a atacar de nuevo, pero en aquel breve intervalo Clive ya había podido mover sus piernas.

Logró golpearle con la puntera detrás de la rodilla y le hizo caer. El garfio se clavó en un diván. Clive pudo ponerse en pie antes que su enemigo y por un breve instante llegó a pensar que tenía la partida ganada.

Pero su optimismo duró poco. El primer pistolero se estaba recuperando ya. Intentó hacerse de nuevo con el «Colt».

Clive disparó desde el suelo, empleando el arma que poco antes le habían arrebatado. Un pequeño disco rojo se marcó en la frente de su enemigo. Éste ni siquiera gritó.

El Irlandés, mientras tanto, se acababa de dar cuenta de que tenía perdida la partida. Si continuaba un segundo más en aquella habitación, se dejaría la piel. Tomó impulso y saltó hacia la ventana, que quedó convertida en añicos, entre un brutal estrépito.

Clive disparó dos veces.

Tiró a matar.

Pero el movimiento de su enemigo había sido tan veloz que ya no pudo alcanzarle. Las balas se perdieron en el aire.

Inmediatamente Clive oyó un gemido de angustia.

La muchacha que antes encontró en la habitación, la amiga de Anna, se estaba debatiendo entre un charco de sangre. La herida del garfio había sido más profunda de lo que él creyó al principio. Si no la ayudaba pronto, la chica se desangraría.

Saltó hacia ella.

—Por favor, estate quieta.

La chica se llevó las manos a la garganta. Estaba segura de que la habían degollado.

Clive la tendió en el diván.

Con un pañuelo limpio despejó la herida y vio que tenía que darse prisa. Hizo colocarse a la bailarina con la cabeza alta, para que la sangre no llegara a la herida con tanta facilidad. Luego la taponó y al fin la vendó, hasta lograr dominar la hemorragia.

El nerviosismo de la muchacha disminuía.

Se daba cuenta de que aún podría salvarse.

Pero las fuerzas la estaban abandonando y ya era incapaz de hablar.

Se limitó a dar las gracias a Clive con unos rápidos movimientos de sus ojos.

En aquel momento la puerta se abrió.

Clive miró hacia allí, pensando que el Irlandés volvía en compañía de nuevos asesinos. Pero la figura que se recortaba en el umbral no era la de un hombre, sino la de una mujer. Una mujer a la que reconoció inmediatamente.

Ella se detuvo asombrada, se llevó ambas manos a la boca y ahogó un gemido.

Era Anna.

Anna vestía un dos piezas negro que la hacía aún más deseable y más esbelta. A Clive no le extrañó en absoluto que incluso un banquero como Morgan hubiese perdido la cabeza por aquella mujer. Y después de lo que había visto él en la foto, la cosa se explicaba más todavía.

Anna balbució:

—¡Dios santo…!

—No se alarme. Su amiga se salvará.

—¿Quién ha sido el que…?

—El Irlandés.

—¿El Irlandés aquí? ¿Por qué? ¿Y quién es ese tipo que está en el suelo con un balazo entre los ojos?

—El asesino que le acompañaba. Ya no dará más preocupaciones a nadie.

Anna se inclinó sobre su amiga.

Ésta la alentó con un movimiento de ojos, sin atreverse a hablar. Había perdido tanta sangre que se notaba que iba a desmayarse de

un momento a otro.

Y eso fue lo que sucedió. La bailarina dejó caer a un lado la cabeza. Clive se la colocó bien sobre un brazo del diván, para que los vendajes no se aflojaran.

Anna estaba asombrada. No parecía haber entendido aquello todavía.

—¿Pero por qué ha venido él Irlandés? —repitió.

—Sería muy largo de explicar, nena.

—¿Usted quién es?

—Me llamo Clive. Soy detective privado.

—¿Detective privado? ¿Qué es eso?

—Es una profesión nueva. Comprendo que no haya visto todavía a ningún bicho raro como yo. ¿Usted ha oído nombrar a la agencia Pinkerton?

—Sí, es una agencia de detectives que investigan especialmente robos de ganado.

—Bueno, pues yo soy como una Pinkerton sin empleados, sin locales y hasta sin vacas que perseguir. Yo trabajo haciendo investigaciones por cuenta de los clientes que me pagan.

—¿Y qué investiga aquí?

Clive comprendió que había llegado el momento de contárselo todo. Pero le resultaba muy difícil hacerlo allí, con aquella muchacha herida junto a él y sabiendo que el Irlandés o alguno de sus esbirros podían volver de un momento a otro.

—Mire, muñeca —susurró—, no puedo darle ahora demasiadas explicaciones, pero hay una cosa que debo decirle cuanto antes: corre inminente peligro de muerte.

—¿Alguien trata de matarme? ¿Pero por qué?…

—Es usted la mejor comediante que he conocido. Y la más preciosa.

Ella hizo un gesto de desolación, como si siguiera sin entenderle.

—¿A qué viene eso? —murmuró.

—El *sheriff* va a detenerla mañana por la mañana, y en cierto modo será por culpa mía —dijo él—. No puedo darle más explicaciones ahora. Lárguese cuanto antes y ponga tierra de por medio. Tiene casi veinticuatro horas para esfumarse de aquí. No las pierda.

Ella movió la cabeza negativamente.

Sus ojos se clavaban asombrados aún en el rostro de Clive.

—¿Por qué va a detenerme el *sheriff*? —musitó.

—¿Y lo pregunta? Por el asesinato de Morgan.

Ella palideció.

Había entendido al fin. O al menos había dejado de fingir al darse cuenta de que era inútil.

—¿Es eso cierto? —musitó.

—Tan cierto como que este tipo que está ahí es un respetable difunto.

—¿Qué pruebas tiene el *sheriff*?

—Mira, nena —dijo Clive, haciendo un gesto de desaliento—, si te explico toda la historia, mañana por la mañana aún estaremos aquí. Vendrá el *sheriff* con su estrella a cuestas y se te llevará de cabeza al patíbulo. Debe bastarte con saber que tiene una prueba concluyente, absoluta. Y si no te das prisa a huir, te vas a encontrar de patitas en la horca.

Ella movió la cabeza negativamente.

Todo lo que dijo fue:

—Gracias por avisarme. Quizá nunca pueda pagarte el favor que me haces.

—¿Huirás enseguida?

—Seguramente, sí.

—Con eso ya estoy más tranquilo —dijo Clive—. Quizá ahora no me entiendas, pero era como un cargo que yo tenía en la conciencia, ¿sabes? Ahora, sabiendo que vas a huir, me siento mejor.

Y se encaminó a la puerta.

La chica tenía tiempo de sobra. Preparar las maletas, largarse, ganar varias horas de ventaja a los hombres que saldrían a perseguirla… Si era un poco lista, no la encontrarían nunca. «En fin, el asunto está resuelto», pensó.

Salió a la calle.

No quería pensar más en Anna. Ya había hecho todo lo posible. A partir de ese momento, allá ella.

Puso los pies en la calle.

Y fue entonces cuando sintió pasar junto a su cara, más cerca que nunca, el soplo de la muerte.

CAPÍTULO IX

Había sido como un presagio. Cuando vio a los cuatro hombres allí, se dio cuenta de que las cosas iban a ponerse definitivamente feas para él. Los cuatro hombres estaban abiertos en semicírculo. Le esperaban. Las miradas estaban fijas en Clive y las manos estaban quietas a la altura de los «Colt».

Sólo les faltaba llevar un garfio para demostrar que eran hombres del Irlandés. Éste se había dado prisa en reclutar pistoleros para liquidar aquel asunto. Clive y su licencia de investigador privado se iban a ir al infierno.

No hubo palabras.

Sólo habló el plomo.

Clive se lanzó de cabeza hacia atrás, dando un fantástico salto invertido, mientras intentaba buscar la escasa protección que podía darle la barandilla del porche. Las balas fueron hacia él. La barandilla se convirtió en pedazos.

También el sombrero de Clive saltó por los aires. Una bala le arañó el hombro izquierdo, produciéndole una dolorosa rozadura. Otra le hizo un agujero en la caña de la bota derecha, junto al tobillo, pero sin herirle.

Los cuatro hombres corrieron a la vez hacia él.

Creían tenerlo seguro.

Ése fue su error.

Clive raseó la primera bala y alcanzó a uno de ellos en el bajo vientre, haciéndole dar una trágica pirueta en el aire. De los otros tres, uno se lanzó al suelo y los dos restantes se desplazaron hacia la derecha.

Uno no llegó a su sitio.

Clive acababa de rasear una segunda bala.

Otro de sus enemigos dio un extraño giro, alcanzado en la cadera. Fue en ese momento cuando un plomo arañó materialmente la nariz de Clive, y la sangre le saltó a los ojos. El joven hizo una pirueta y desapareció como pudo en la entrada del hotel.

Un tercer pistolero subió al porche.

Pensó que aquél era el momento de cazar a Clive, puesto que lo encontraría en mala posición. Pero al entrar en el hotel se encontró casi cara a cara con la boca del revólver.

No llegó a ver ni la llamarada del disparo. De pronto algo pareció estallar en el interior de su cabeza.

Clive dio un salto.

Cayó sobre una de las butacas, de la cual salió rebotado hacia el aire.

Y aprovechó el impulso para lanzarse contra una de las ventanas, que se hizo añicos con el peso de su cuerpo. En menos de dos segundos se encontró rodando por el polvo de la calle.

El pistolero herido en la cadera se arrastraba como podía para escabullirse de allí, y Clive le dejó huir. No ocurrió lo mismo con el otro, que tiroteaba desde el edificio frontero. Hubo un rápido cambio de disparos de un lado a otro de la calle, mientras varios cristales estallaban a causa del estruendo. Al fin el pistolero cayó, encogiéndose dramáticamente, mientras una mancha escarlata se dibujaba en su camisa.

Clive, medio agazapado entre las ruedas de un carro, miró en torno suyo.

No había ya el menor síntoma de vida en la calle.

Y el silencio hubiera resultado agobiante de no ser por los mugidos de las reses en los apartaderos cercanos.

Clive recargó el revólver, se acercó a los muertos y les miró la cara. Recordaba haberlos visto antes por la ciudad, y sin duda eran pistoleros profesionales. Uno de ellos llevaba incluso en la camisa un bordado representando un naipe de póquer, y que era algo así como el emblema de La Casa del Irlandés.

El joven pensó que tal vez ahora las cosas marcharían mejor.

El Irlandés ya se habría convencido de que no valía la pena arriesgar tanto en aquel negocio. Al fin y al cabo conservaba las otras fotografías, y sólo había perdido una de ellas.

Le dejaría en paz.

Por eso Clive, para celebrarlo, decidió irse a su casa con un par de botellas. Y aquella tarde se atizó la borrachera más pistonuda que se había atizado desde el final de la Guerra Civil. Para el Irlandés nada tan fácil como matarle entonces.

Pero el Irlandés no se enteró.

Ni idea.

Era ya noche cerrada cuando Clive despertó de su sueño alcohólico. Se frotó la barbilla y los ojos, miró en torno suyo y vio que estaba en la cama, todavía abrazado a la segunda botella. La primera yacía hecha añicos punto a un espejo. Clive tuvo un sobresalto cuando vio además una chica tendida sobre la alfombra.

No estaba muerta, sino dormida. Por lo visto también había bebido lo suyo. Clive la zarandeó.

—Eh, tú…

La chica abrió un poco los ojos y le miró por entre las pestañas.

—¿Qué haces aquí? —murmuró Clive—. ¿Cómo has llegado hasta mi habitación?

—Tú me dijiste que entrara.

—¿Yo?…

—Sí. Estabas bebiendo como un pirata y desde la ventana empezaste a pedir que entraran a todas las chicas que pasaban por la calle.

Clive no recordaba nada. Se levantó definitivamente, llenó una palangana de agua y metió la cabeza dentro.

Luego tuvo un sobresalto, sacó la cabeza y preguntó por un lado de la boca:

—¿Ha ocurrido algo entre nosotros?

—¡No, idiota! ¡De eso me quejo! ¿Qué va a ocurrir? ¡Estabas borracho!

Clive musitó:

—Bueno, pero ahora ya no lo estoy.

—Ahora me largo, nene.

—¿Por qué tanta prisa?

—Mi marido ha vuelto.

En efecto, en la calle se oía un vozarrón gritando: «Cameliaaaa… ¡Sal o te afeitoooo!…»

Clive musitó:

—¿A qué se dedica tu marido, preciosa?

—Es matarife.

—Pues entonces más vale que salgas.

Ella se arregló un poco las ropas, pegó un puntapié a los restos de la botella de licor y salió mientras mascullaba:

—¡Estos hombres de hoy día…!

Clive volvió a remojarse un poco la cara y murmuró:

—¡Qué vidorra! ¡Mujeres, alcohol!…

Pero la mujer se le acababa de largar, y en cuanto al alcohol le estaba haciendo daño hasta en las orejas.

Miró el reloj.

Las tres de la madrugada.

Seguro que Anna ya se habría largado y estaría bien lejos.

De todos modos pensó que no estaría de más ir a comprobarlo. Tampoco tenía sueño, de modo que se dirigió al saloon donde hasta entonces había actuado Anna.

Aún había gente en el local. Un par de bailarinas medio dormitaban en las sillas, pero nadie les hacía caso.

Como todos los lugares de diversión cuando se cierran, aquello tenía el triste aspecto de un velatorio.

Un camarero al que Clive no conocía, le miró con recelo. Clive no hizo caso y subió.

Esta vez empujó la puerta sin llamar.

Tuvo una violenta sorpresa al ver que Anna se encontraba aún allí.

Anna estaba sentada en una silla, pero se levantó de golpe al oírle entrar. Junto a ella, en una cama, se encontraba su amiga. Tenía el cuello vendado y respiraba fatigosamente. Pero estaba dormida —quizá bajo los efectos de algún narcótico—, y parecía no sufrir.

Clive susurró:

—¿Estás loca?

—¿Por qué?

—¿Qué haces aquí?

—Cuido de mi amiga.

—¡Tu amiga puede cuidarse sola! ¡Eres tú la que corre peligro! ¡Necesitas huir!

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Está grave. Podría morir.

—Yo tuve la impresión de que…

—Sí, tú tuviste la impresión de que se salvaría. Y gracias a ti puede que se salve, ya que la atendiste enseguida. Pero ha perdido mucha sangre y el médico no garantiza nada. Dice que si pasa este amanecer, puede que se salve. Pero también puede ser que en este amanecer se quede.

Clive miró con extrañeza a la mujer.

—No te entiendo —dijo.

—¿Por qué no me entiendes?

—Creí que eras… de otra manera. Creí que el hacer compañía a una amiga en peligro te importaba bien poco.

—De una asesina no puede esperarse que tenga interés por nadie, ¿verdad?

Clive se encogió de hombros.

—Mira, a mí no me importa lo que seas. Pero lárgate, demonios. Aún estás a tiempo. Te quedan unas cuatro horas de ventaja si sabes aprovecharlas. Cuatro horas son mucho tiempo, con un *sheriff* remolón como el que hay en Abilene ahora.

—No me moveré de aquí.

—Pero…, ¿por qué?

—Ésa mujer que ves ahí, entre la vida y la muerte, es la única que ha creído en mí, la única que me ha ayudado. No puedo dejarla acabar sola, como un perro. Si ocurre lo que me temo, ha de tenerme a su lado en el momento peor.

Clive se pasó el dorso de la mano por la boca, con un gesto lleno de hastío.

—Mira, nena, si quieres que te ahorquen, puedes hacerlo. Todo el mundo es dueño de su destino, ¿no? Pues arréglate como quieras. Es posible que mañana no sólo se celebre el entierro de tu amiga, sino también el tuyo.

Se dirigió de nuevo a la puerta y masculló:

—Yo ya te he avisado.

Creyó que ella se asustaría, o que al menos le haría caso, demostrando algún interés por huir de allí.

Pero Anna ni se movió.

Daba la sensación de que no le había oído siquiera.

Clive se encogió de nuevo de hombros y volvió a su casa, atravesando el saloon solitario. Ya no quedaba ningún cliente allí.

El único camarero limpiaba las mesas con ese gesto aburrido que tienen todos los camareros del mundo cuando se cierran los bares.

Una bailarina aguardaba en la puerta.

—¿Me acompañas?

Clive sonrió con expresión lejana.

—Perdona, nena, pero necesito dormir —dijo—. Necesitaría dormir hasta el fin del mundo.

Y fue a meterse en cama.

Pero no pudo cerrar los ojos. Cada vez que intentaba hacerlo, veía a Anna colgando de una cuerda. Y, la verdad, Anna estaba mejor de otra manera. Incluso Morgan, en el otro mundo, debía pensar lo mismo.

De todos modos, cuando amanecía, Clive se durmió. Y despertó más tarde bruscamente, teniendo la sensación de que el sol estaba ya muy alto. Miró su reloj con un sobresalto: eran las nueve.

Se pasó una mano por los ojos.

Ya era demasiado tarde para todo.

El *sheriff* ya tendría la fotografía delatora y Anna ya habría sido detenida.

Con la sensación fatalista de que ya nada podía hacer, Clive se aseó y se afeitó. Cuando volvió a salir a la calle la cabeza le daba vueltas. Fue a un almacén donde vendían alimentos selectos y pidió que le prepararan pan tierno, fruta, embutido de calidad y una botella del mejor vino. Esto último le costó bastante caro, puesto que el vino era en Abilene un artículo de lujo.

Con el paquete, se dirigió a la oficina del *sheriff*.

Estaba dispuesto a llevarle a Anna algo de comer, ya que era imposible ayudarla de otro modo.

Entró.

—Hola, *sheriff*.

Pero el que le contestó no fue el titular, sino el ayudante del día anterior. El ayudante tenía los ojos cargados de sueño.

—¿Qué se le ofrece ahora, buscón?

—¿Y el *sheriff*?

—Aún no ha vuelto. Tenía que estar aquí, pero persiguió a unos cuatreros hasta bastante lejos y se desvió de su ruta. Ha enviado un telegrama. Llegará a Abilene al mediodía.

Clive no pudo evitar un suspiro de alivio.

—No todo está perdido… —bisbiseó, traduciendo en voz alta sus pensamientos.

—¿Qué dice?…

—Nada, nada… ¿Usted gusta?

Y desenvolvió el paquete sobre la mesa, ante los ojos atónitos del ayudante.

Éste masculló:

—¿Pero qué le pasa ahora, buscón?

—Pues que todavía no he desayunado y me gustaría compartir todo esto con usted. Mire, mire… Vino de California. Anímese, hombre.

El ayudante se echó encima del embutido mientras murmuraba:

—Cuerno… ¡Y a mí que me habían asegurado que hacía seis meses que usted no comía!…

Cuando hubieron terminado el desayuno y se hubieron bebido la botella a la salud de todas las bailarinas que había en la ciudad, el ayudante propuso a Clive echar una partida de cartas.

Clive se negó.

—Tengo algo que hacer, ¿sabe? Tengo que hacer algo muy importante antes del mediodía.

Y se dirigió al saloon en una de cuyas dependencias vivía Anna.

Las sillas estaban apiladas sobre las mesas, y todo el ambiente era solitario y triste. Las diez de la mañana para un local como aquél, era como las tres de la madrugada para una tienda de comestibles. No se veía ni una rata.

Clive se encaramó al primer piso y abrió la puerta.

Todo seguía igual.

La herida continuaba durmiendo pesadamente, y por lo tanto seguía viva. Pero a Clive no le gustó su color; no le gustó ni pizca. Giró la mirada y la clavó en los ojos tranquilos, quietos, sosegados de Anna.

No había ni pizca de miedo en ellos.

Nada. Sólo una gran paz.

Clive musitó:

—¿Por qué sigues aquí?

—Alguien tiene que cuidar de ella.

—Pero vive, ¿no? ¡Pues déjala en paz! ¡Ya se pondrá buena ella sólita! ¡Tú tienes que huir! ¡El *sheriff* no llegará hasta mediodía, y

eso te da aún un pequeño margen!

Ella negó con la cabeza.

—Ha venido el médico, ¿sabes? Me ha dicho que quizá el peligro mayor haya pasado, pero que aún sigue muy grave. Los vendajes han de ser cambiados cada hora, y al mismo tiempo hay que darle una medicina. Eso tengo que hacerlo yo.

Clive suspiró con desaliento.

Estaba visto que aquella mujer quería perderse, quería ir de cabeza al patíbulo.

Se sentó en una banqueta y la miró. El mismo se sorprendió de estar haciendo aquello. «Soy un idiota… —pensó—. Un perfecto idiota». En lugar de celebrar el dinero ganado y de pensar que, al fin y al cabo, Anna se había buscado su suerte, estaba allí intentando salvarla y, lo que era peor, sin conseguirlo. Perdía el tiempo. Lo que estaba haciendo no tenía sentido alguno.

Murmuró:

—¿Quieres un trago? Podría subirte algo del saloon.

—Gracias, no bebo.

—¿No bebes? Caray, eso sí que tiene gracia.

—¿Por qué habría de beber?

—Tú, metida siempre en los saloons…

—El hecho de cantar no significa que tenga que emborracharme. Más bien es al contrario.

Clive estaba cada vez más sorprendido ante aquella mujer.

Cambió de rumbo al preguntar:

—Eres ambiciosa, ¿no?

—¿Por qué piensas eso?

—Sólo te relacionas con ricachones. Ricachones como Morgan.

—Eso es inevitable —dijo ella, mordiéndose levemente el labio inferior—. Cuando una trabaja en un saloon, esas cosas ocurren. Los que vienen a traerte flores al camerino y de vez en cuando te ofrecen una sortija, son los ricachones. Como comprenderás, los vaqueros y la gente pobre no se atreven a acercarse a nosotras.

Clive musitó:

—Dímelo a mí, que mientras era pobre no pude oler a una mujer en seis meses.

—¿Pero por qué me preguntas por Morgan?

—El *sheriff* tiene pruebas de que tú lo mataste.

—¿Pruebas? Sé que soy una sospechosa, porque el día del crimen estaba por allí. ¿Pero pruebas? ¿De qué clase? Si no me ha detenido aún es porque no las tiene. Y yo sé que no puede tenerlas.

—Mira, nena, tú no sabes nada. La prueba que tiene el *sheriff*, o va a tener, no puedes ni imaginarla siquiera. Pero existe porque yo la he visto. Y es tan incontestable que, en cuanto la veas tú también, se te va a poner el pelo blanco en una hora.

Anna se encogió de hombros.

—No puede haber ninguna prueba de que yo maté a Morgan puesto que no lo hice —susurró.

—Te sientes muy segura de ti misma, pero esta vez vas a caerte con todo el equipo.

—Tonterías. Nadie puede probar que hice lo que no hice.

Clive admiró en cierto modo la sangre fría de aquella mujer. Claro que, ¿cómo podía ella imaginar que existía una fotografía?

—Al menos no negarás que te veías con Morgan —dijo.

—¿Dónde?

—En La Casa del Irlandés.

—¿La Casa del Irlandés? ¡Qué tontería! Sé de sobras lo que ocurre allí. Y he estado algunas veces, pero siempre en la sala de juego, donde de vez en cuando se organizan fiestas. Una cantante no puede vivir como una monja. Necesita que la gente la admire, que la vea. Hay que estar en el escaparate, por desgracia. Pero no hice nada malo allí. No se puede hacer nada malo en un sitio donde hay doscientas personas. En cuanto a Morgan…

—¿En cuánto a Morgan qué?

—Él siempre me estaba haciendo proposiciones, eso es cierto. Se había vuelto loco por mí, y yo hubiera podido sacar provecho de esa pasión. Pero siempre le envié al diablo.

—Claro… Tú eres una inocente jovencita a la que ponen sonrojada según qué palabras.

—Jovencita lo soy —musitó Anna—. Sólo tengo veintidós años.

—¿E inocente?…

Ella dijo con brutal naturalidad:

—No. Inocente no. Pertenecí a un hombre cuando sólo tenía catorce años.

Clive sintió como un golpe en la cara. Como un regusto amargo en la boca.

—No hablemos de eso —musitó.

—¿No? ¿Y por qué no? Los hombres, cuando una cosa os avergüenza, decís: «No hablemos de eso». Y también las mujeres lo hacemos, claro. Pero los hombres más. Y hasta lo hacéis con cierto aire de dignidad ofendida. ¿Por qué no me había de ocurrir a mí lo que les ha ocurrido a otras mujeres en el Oeste? ¿Tanto te extraña? ¿Es que tú no sabes lo que es una sequía en Arizona?

Clive cerró un momento los ojos.

Claro que lo sabía… Infiernos, claro que lo sabía. Mientras trabajaba para la agencia Pinkerton había recorrido a caballo extensiones desoladas donde no crecía un gramo de hierba. Sólo los cactos, desolados y altivos, desafiando a la sed y al sol. Y él jornada tras jornada persiguiendo a los cuatreros, que muchas veces no eran más que unos muertos de hambre. Hasta que su conciencia se rebeló. Hasta que algo gritó en su interior: «¡Basta!».

—Sí, claro que sé lo que es una sequía en Arizona —dijo con voz cansada.

—Hum… Dudo que lo sepas en toda su intensidad. Porque en Arizona, más o menos, llueve. Y entonces hay cosechas y la gente ríe y está contenta. Pero existen años en que no llueve nada… ¡Nada! Ni una gota en todo el año. Sólo el cielo sin nubes, el cielo implacable, el sol… Dicen que el sol es el origen de la vida, ¿no? Pues yo te aseguro que también es el origen de la muerte. Una llega a odiar al sol.

Una se sienta junto a la baranda de su pobre rancho y se pone a oír cómo las maderas crujen, cómo el calor las va desuniendo, destrozando. Una ve cómo la tierra reseca se abre, mostrando su garganta agonizante. Una se da cuenta de que la tierra sufre. Hundes tus manos en ella y te sientes tierra. La notas sufrir… Y oyes los gemidos del ganado que muere de hambre… Y entonces reúnes las pocas cabezas que aún te quedan y tratas de llevarlas a algún sitio donde haya hierba, agua… Y ese sitio existe. Y penetras en él, y entonces te amenazan una docena de rifles. ¿Pero qué haces, loca? ¿Quieres que te ahorquen? ¿No has leído que esto es propiedad privada?

Ella hablaba con voz lenta, cansada. En cierto modo no parecía la suya una voz humana. Por su boca hablaban las bocas de miles de seres, de miles de frustraciones, de miles de angustias. Era como

la voz de todos los pobres seres que tienen hambre, que tienen miedo, que tienen sed.

Entrelazó los dedos sobre la falda y continuó:

—Sí, las cosas siempre ocurren de ese modo. Y vuelves a tu rancho, pero las reses ya no pueden seguirte. Sólo unas pocas que se arrastran casi a tus pies. Las miras y te das cuenta de que pronto morirán. Y entonces llega un jinete. El jinete te ha seguido desde los pastos sin que te dieras cuenta. El jinete siempre es un hombre bien vestido, un hombre seguro de sí mismo, que sabe lo que se hace. Te mira codiciosamente y dice: «He visto que llevabas tu ganado a mis tierras… Ya te harás cargo de que eso es imposible… Si yo consintiera que todo el mundo se metiera en mis pastos, al día siguiente ni mis propias reses tendrían nada que comer… Pero quiero ayudarte, ¿sabes? Yo no soy mala persona. Sólo hace falta conocerme. Mira, vamos a hacer un trato. Puedes llevar tus reses a pastar a mis tierras, y además tendrás semillas gratis para cuando empiece la estación de la siembra. Porque si no cosecháis, ¿cómo ibais a tener ni siquiera semillas para el año que viene? Pero yo me hago cargo. Ya te he dicho que quiero ayudarte. Sólo te pido que seas un poco amable. Total… ¿qué te cuesta?».

Anna desunió sus dedos, y las manos cayeron sin fuerzas a lo largo del cuerpo.

Parecía haber envejecido.

Diríase que estaba terriblemente cansada.

Con voz ronca terminó:

—Cuando eso ocurrió, yo tenía catorce años.

Clive no podía ni tragar saliva.

Aquella bola amarga, densa, seguía formada en su boca.

Después de las palabras de Anna, el silencio se había hecho casi obsesionante. Diríase que hasta había cambiado la luz del sol. La mañana, antes tan luminosa, se había vuelto tétrica.

Ella volvió a entrelazar los dedos:

—Y ahora ya sabes porque me dedico a cantar —musitó—. Ahora ya sabes porque no me asustan los hombres como Morgan, aunque no les hiciera maldito caso. Y ya sabes también (supongo que te mueres de ganas de preguntarlo) porque quiero casarme con un hombre como Sam, que llegará a heredar una fortuna. ¡Porque no quiero tener que mirar a ningún hombre más! ¡Porque quiero

salir de esta pocilga!

Clive aún sentía aquella cosa densa en la garganta.

No hubiera sabido qué contestar.

Pero de pronto aquella mujer le pareció distinta, le pareció una desconocida a la que veía por primera vez.

Ella añadió aún:

—Vete. Los hombres me dais asco. Todos los hombres me dais asco.

Clive se puso pesadamente en pie y fue hacia la puerta. La abrió. Antes de salir le pareció que se dejaba algo entrañable allí dentro, algo que no podía confesar.

Cerró lentamente la puerta a su espalda.

Capítulo X

Un camarero estaba poniendo en orden las sillas.

—¿Qué, amigo? —preguntó mirando a Clive—. ¿No le apetece un trago? Acabamos de recibir unos combinados de *whisky*, ron y pólvora que hay para chuparse los dedos.

Clive se chupó un dedo de la mano izquierda.

—Ya está —dijo—. Puede ahorrarse el licor.

—No, hombre. Yo me refería a los dedos de los pies.

Clive pasó sin añadir una palabra.

Pero no llegó a salir.

Un hombre bien vestido, joven, al que recordaba haber visto alguna vez, aunque no conocía su nombre, le cortó el paso.

—Eh, amigo.

Clive preguntó despectivamente:

—¿Amigo de qué?

—Necesito hablarle.

—Muy bien. Desembuche.

—Usted viene de arriba, ¿no?

—Si me ha estado observando, lo sabrá.

—Muy bien. Le prohíbo que vuelva.

—¿Por qué?

—Me llamo Sam.

Clive arqueó una ceja mientras susurraba:

—Ah, cuerno…

Sam rechinó los dientes.

—Usted viene de hablar con Anna.

—Sí, ¿y qué?

—Se lo prohíbo.

Clive rió levemente, sin provocación, dejando solo que en sus

facciones apareciera un gesto de cansancio.

—Mire, Sam, yo no pensaba ver más a esa mujer. Tampoco he subido por lo que usted imagina. Pero no me prohíba nada porque no me gustan las imposiciones. Si se pone en ese plan, vuelvo a subir.

Sam disparó su puño derecho.

Para Clive fue muy fácil esquivarlo.

Clive había recibido tantos guantazos (aunque no le gustaba hablar de eso, claro) que se sabía de memoria todos los trucos. Ladeó el cuerpo y Sam pasó por su lado, sin rozarle, a más velocidad que el expreso de Pittsburg. Terminó estrellándose contra una mesa, dio una vuelta de campana y se levantó, aturdido, mientras Clive se ponía con gesto cansado un cigarrillo en los labios.

—Hala, amigo, dejémoslo —musitó.

—¡Le mataré! ¡Juro que voy a matarle!

—No intente tocar el revólver, Sam. Me disgustaría que las cosas llegaran más lejos. Me temo que con los puños soy algo mejor que usted. Pero con el revólver le garantizo que soy mucho mejor.

Sam, de todos modos, fue a echar mano a su «Colt».

Era de esos hombres acostumbrados a que las cosas les vayan bien, a quienes cuesta asimilar una derrota.

En aquel momento una voz sonó en la puerta:

—¡Quieto, Sam!

Los dos se volvieron hacia allí.

Nelly estaba en la entrada del saloon. Parecía presa de una gran agitación. Sus ojos se habían desencajado.

—¡Sam! ¿Qué locura vas a hacer?

—¡Ese hombre persigue a Anna!

—¿Y qué? ¿Es que a Anna no la han perseguido otros?

Sam rechinó los dientes.

—¡Déjame en paz! ¡Eso ya lo hemos discutido otras veces! ¡No vuelvas a repetirlo!

—¡Lo repetiré una y cien veces! ¿Cuándo vas a quitarte la venda de los ojos? ¡A Anna la persiguen muchos hombres! ¡Vive de eso! ¡Vive de que la persiguen!

—¡Cállate!

Sam estaba fuera de sí. Y Clive supo leer un dolor sincero,

profundo en los ojos de Nelly.

No era sólo la hermana que teme que se le escape un buen pellizco si el heredero del rancho hace una boda desafortunada.

Era algo más.

Ella sentía de verdad que Sam estuviera enamorado de Anna. En aquel momento era seguro que Nelly no pensaba en el dinero. Nelly sentía lo que estaba diciendo. Nelly sufría.

Clive susurró:

—Yo, en su lugar, amigos, no discutiría ya por eso. Creo que lo de Anna va a terminar de todos modos, ¿verdad?

Y miró significativamente a Nelly.

Nelly musitó:

—El *sheriff* aún no ha vuelto.

—Lo sé, pero volverá al mediodía.

—Por supuesto —dijo la muchacha roncamente—. Y no temas. Apenas regrese, yo no perderé un minuto.

Sam barbotó:

—¿Qué estáis chamullando? ¿Qué tiene que ver el *sheriff* con todo esto? ¡Sólo faltaría! ¡Que hasta me metieran una estrella entre Anna y yo! ¿Qué os tenéis tramado entre tú y ese miserable buscón, Nelly?

Clive fue a contestar algo gordo.

Fue a contestar que lo de buscón se lo dijera a su padre, y en cuanto a lo de miserable, ya llevaba dos días comiendo caliente.

Pero se aguantó.

Tuvo que aguantarse a la fuerza.

Porque en aquel momento una granizada de plomo entró por las dos ventanas del local.

Venían a por ellos.

Si no llega a ser por las cortinillas, que impedían ver bien desde fuera, los meten a los tres de cabeza en el ataúd.

Clive aulló:

—¡Cuidado!

Y se lanzó hacia su izquierda, cayendo de cabeza dentro de un pequeño barril abierto.

Resultó que era el que estaba lleno de los combinados de *whisky*, ron y pólvora.

Clive bebió un trago mientras murmuraba:

—Ganga…

CAPÍTULO XI

Los que disparaban contra ellos estaban en el lado opuesto de la calle. Habían contado con la gran ventaja de la sorpresa, pero sin saber aprovecharla. Al tratar de no arriesgar nada, acababan de fallar lastimosamente los primeros disparos.

De todos modos conservaban todas las ventajas.

Eran siete.

Clive, mientras dejaba el barril y rodaba por entre las mesas, sacando el revólver, pensó que todo aquel obsequio de plomo tenía que venirle a la fuerza de parte del Irlandés. Éste había movilizado a todos sus hombres en un intento de acabar con él. Y lo hubiera conseguido si sus pistoleros no llegan a ser tan tontos o tan cobardes.

Un momento después había salido de dudas.

En efecto, era el Irlandés.

Reconoció perfectamente su voz mientras gritaba:

—¡Idiotas! ¡Entrad en el saloon! ¡Entrad de golpe! ¡Ahora lo tenéis bien acorralado!

Uno de los pistoleros le obedeció.

No volvería a obedecer a nadie.

Clive le obsequió con una bala entre las cejas mientras el otro saltaba por la ventana.

Dos hombres más, que debían haber sincronizado sus movimientos con el primero, se echaron atrás en el instante decisivo. Clive disparó otras tres veces, pero en mala posición, y por tanto sin alcanzar a nadie.

Una andanada de rifles entró por las ventanas.

Los cristales que quedaban saltaron hechos polvo.

Una fila entera de botellas voló.

El camarero gritó:

—¡La ruina!

Clive recargó el revólver mientras miraba a Nelly. Ésta se había lanzado también al suelo y estaba relativamente protegida, aunque demasiado cerca de la entrada.

El joven le hizo una seña para que se apartase.

—¡No puedo! —gimió ella—. ¡Entraría en zona batida!

—Tu hermano puede cubrirte. ¡Eh, Sam! ¡Muévase! ¡Cubra a su hermana mientras ella retrocede!

Sam no se movió.

Clive tuvo una violenta sorpresa al mirarle.

Estaba lívido.

Su mandíbula inferior temblaba. Era presa de un verdadero ataque de terror.

Sólo le faltaba ponerse a gritar como una histérica.

Clive insistió:

—¡Cúbrala, maldita sea!…

Pero el otro no se movía. Era incapaz de reaccionar. Los disparos le tenían completamente paralizado, a excepción de su mandíbula, que seguía temblando.

Mientras tanto los pistoleros se habían ido acercando más a la puerta.

Y la situación se iba haciendo muy comprometida para Nelly, que no podía moverse so pena de caer en la zona batida por las balas.

Clive avanzó hacia ella, arrastrándose sobre sus codos. Pero mientras hacía esto, no podía disparar. Ahora uno de los hombres del Irlandés se había situado ya en la ventana de la derecha.

Clive disparó hacia allí.

Unas partículas de cristal saltaron hechas polvo.

Y la cara del pistolero que estaba allí quedó por unos momentos como suspendida en el aire. Luego desapareció tras el alféizar, convertida en una mancha roja.

—¡Retírate, Nelly!

La muchacha fue a retroceder, pero en ese momento una bala arañó la nuca de Clive. El joven sintió una sacudida en toda la espalda. Sus nervios parecieron saltar. Durante unos segundos perdió el mundo de vista, mientras hacía esfuerzos frenéticos para

conservar entre los dedos el revólver.

Nelly trató de alejarse.

Se daba cuenta de que, la situación era ahora realmente desesperada. Pero en el momento en que pasaba junto a los batientes de la entrada, dos balas se cruzaron en el aire, casi delante de sus ojos. Los batientes parecieron saltar de sus goznes. Nelly se arrojó al suelo, intentando escabullirse, pero con tan mala fortuna que cayó más allá de los batientes, en el exterior del saloon.

Clive no pudo defenderla.

En aquel momento estaba sacudiendo la cabeza, intentando vencer la sensación de vértigo que le dominaba.

Nelly chilló angustiada cuando dos brazos cayeron sobre ella, arrastrándola. Alguien más tiró de sus piernas. Notó que la arrastraban al centro de la calle.

Clive se despabiló entonces.

Por su nuca resbalaban unas gotas de sangre, pero se trataba sólo de un rasguño en la piel.

Inmediatamente le sorprendió el cambio producido. Ahora reinaba el silencio. Nadie disparaba. Cualquiera podía pensar que en Abilene no se había gastado una bala jamás.

Miró a Sam con expresión que aún era aturdida.

—¿Dónde está Nelly?

—Se la han llevado.

—¿Y tú no lo has impedido? ¿Tú no has hecho nada, sucio cobarde?

Sam parecía incapaz de hablar. Su mandíbula seguía temblando.

—No… no he podido —balbució—. Las balas silbaban por todas partes. ¡Yo no podía!

Clive se incorporó, sin contestar.

En sus facciones flotaba una expresión de desaliento.

—¿Sabes lo que ocurrirá ahora? —musitó.

Sam le miró con desdén.

—¡Lo que haya de ocurrir no tiene que decírmelo un sucio buscón como tú!

Clive le empotró una bota en la cara.

No le deshizo la mandíbula porque en el fondo aquel tipo le daba pena. De lo contrario le hubiera atizado un poco más fuerte.

Sam se puso a gemir.

—¡Haré que te maten, condenado perro! ¡Tengo hombres que te romperán los huesos! ¡No consentiré que un muerto de hambre como tú me ponga las manos encima!

—No he puesto las manos sobre ti. Lo malo para ti es que te he puesto encima los pies.

—¡Pagarás esto!

Clive no hizo el menor caso de las amenazas. Recargó el revólver mientras decía pensativamente:

—El Irlandés pensará que a ti o a mí esa mujer nos importa algo. Por eso la ha apresado y por eso la utilizará como rehén. Está cansado de perder hombres. Ahora cambiará de táctica.

—¿Dices que la empleará como rehén? ¿Y qué nos pedirá a cambio de devolvemos a Nelly?

—Una fotografía que ella tiene.

—¿Una fotografía?…

—Bueno, es largo de explicar —dijo Clive con impaciencia—. Pero se trata de algo que afecta mucho al negocio del Irlandés. Si esa fotografía se exhibe en un juicio público, todo el mundo sabrá que en su casa los clientes no están seguros, y los ricachones de Abilene no volverán a poner los pies en ella. El negocio del Irlandés se hundirá. Por eso está dispuesto a lo que sea con tal de recuperar la fotografía.

Sam se hizo cargo al fin.

Él sabía lo de las máquinas fotográficas acopladas a los agujeros de las paredes. Era verdad lo dicho por Nelly: había sido él quien le habló de su existencia. Por tanto se hizo cargo de que era una fotografía que comprometía a alguien, aunque no sabía a quién.

—No conseguirás nada —dijo—. El Irlandés es duro de pelar.

—Pues tampoco pienso dejar a tu hermana entre sus zarpas. He de intentar algo.

En aquel momento oyeron pisadas en el porche.

Alguien se acercaba pausadamente. Una mano empujó los batientes, o mejor dicho lo que quedaba de ellos.

—No tiréis —dijo una voz.

Clive bajó poco a poco el revólver que ya tenía en la mano derecha.

—¿Quién eres?

—Soy un emisario del Irlandés.

—Sabía que me lo enviaría. ¿Qué es lo que ofrece el sucio de tu jefe?

—Devolverá a la chica si le entregáis la fotografía.

—¿Y si no lo hacemos?

—La matará.

Clive sabía que un tipo como el Irlandés era perfectamente capaz de hacer aquello. Como sabía que debía haber registrado ya a Nelly, que no llevaba —eso era seguro— la placa encima. La tendría oculta en su rancho.

—¿Qué respuesta das? —preguntó el pistolero, ante el silencio de Clive.

—¿De cuánto tiempo dispongo para responder?

—Una hora.

—No es demasiado.

—Si en una hora el Irlandés no tiene lo que quiere, os entregaremos el cadáver de Nelly.

La mandíbula de Clive tembló un momento.

No sabía cómo resolver aquella situación.

Lo mejor sería que Nelly entregara la fotografía y la cosa quedara como si no hubiese empezado jamás. Al fin y al cabo Morgan había sido un cerdo. Bien muerto estaba. Anna quedaría libre de sospecha y se echaría tierra al asunto. Sí, eso era lo mejor.

¿Pero cómo convencería a Nelly para que la entregara?

Nelly estaba en poder del Irlandés.

—Ya sabes de qué tiempo dispone —dijo el emisario—. Dentro de una hora vendré a por la respuesta.

Y se alejó.

Sam, con un gesto de rabia, fue a disparar contra él, matándolo por la espalda.

Clive le pisó la mano en el último momento, haciéndole soltar el «Colt». Sam, que aún estaba en el suelo, lanzó un grito de rabia.

Mientras tanto el emisario ya se había alejado.

El silencio volvió a espesarse.

Parecía como si la ciudad estuviera vacía.

Sam se sujetó la mano herida, mientras se ponía en pie y farfullaba:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —dijo Clive—, pero por el momento me vendrá bien

uno de esos combinados que tienen aquí, hechos con pólvora… Unos combinados que están diciendo: «Bébeme y revienta…»

CAPÍTULO XII

Clive dejó el caballo a cierta distancia del bosquecillo que limitaba por un lado la casa del Irlandés. Sacó el revólver de la funda un par de veces y lo volvió a meter, cerciorándose de su buen funcionamiento. Luego avanzó en zig-zag, corriendo y ocultándose tras los matojos a cada nuevo salto.

Sólo habían transcurrido quince minutos desde que el emisario le dijo que disponía de una hora para decidirse.

Clive confiaba en que sus enemigos darían por descontado que él iba a esperar aquella hora, y por tanto no harían nada hasta que transcurriese. Eso significaba que o los pillaba ahora por sorpresa o no los pillaría ya nunca.

Penetró en el bosquecillo.

Un hombre paseaba por allí, rifle en mano. Se le notaba bastante distraído porque no debía esperar por el momento ningún ataque. De todos modos captó el ruido producido por un pie de Clive al romper una rama.

Se volvió violentamente, alzando el «Winchester» y cerrando el dedo sobre el gatillo.

Pero no pudo disparar. Clive había lanzado con fantástica precisión el cuchillo de pesado mango que llevaba remetido en la caña de una de sus botas. El centinela recibió el impacto en el pecho, un gruñido y soltó el rifle, mientras cerraba el dedo índice, en un gesto de apretar el gatillo. Pero no llegó a terminar aquel gesto, ya el «Winchester» había resbalado hasta el suelo.

Clive se acercó a él, desclavó el cuchillo silenciosamente y lo limpió en las propias ropas del muerto.

Ante él estaba la casa.

Quizá el Irlandés la había convertido en una verdadera fortaleza, aunque no disponía de demasiada gente para eso. De todos modos lo más difícil empezaba ahora. Tenía que atravesar una zona descubierta, que seguramente estaría batida por más de un rifle.

Respiró hondamente mientras se disponía a tomar impulso.

Y salió como un condenado.

Quizá nunca se había movido con tanta rapidez. Sobre todo cuando, desde las ventanas, dos rifles empezaron a crepitar rabiosamente. Una de las balas estalló entre los dos pies de Clive, y otra se le llevó el sombrero definitivamente.

El joven dejó de correr en zig-zag, porque así perdía tiempo. Tomó un nuevo impulso y se lanzó de cabeza contra la pared de la casa.

Chocó con ella, resbaló y quedó sentado en el suelo. Los de los rifles habían enviado las balas más adelante, no imaginando que saltaría en el último momento. Pero uno de ellos sacó medio cuerpo por la ventana, apuntando hacia abajo.

Clive sabía que eso iba a suceder.

Disparó como un gato panza arriba.

El tipo del rifle lo soltó, lanzando un aullido, mientras quedaba trágicamente doblado sobre el alféizar.

El otro se había retirado, no queriendo jugarse el pellejo. Clive penetró por una de las ventanas de la planta baja.

Aquello daba a la sala de juego.

Las mesas estaban vacías. En el extenso bar no se veía a nadie. Las ruletas no giraban. A Clive, que había conocido aquella sala en sus momentos de animación, le parecía que acababa de entrar en un mundo distinto.

Empezó a gatear por entre las mesas, con el revólver preparado.

No se veía a nadie.

Pensó por un momento que quizá el Irlandés huiría con su presa, mientras él le buscaba en la sala de juego. Pero no. El Irlandés no iba a abandonar la fortuna que para él representaba aquel edificio. Se defendería hasta el fin entre sus piedras, sobre todo sabiendo que le atacaba un solo hombre.

Porque Sam no había estado dispuesto a jugarse la piel. Sam había preferido quedarse en el rancho, esperando que otro hiciera el

trabajo por él.

El joven avanzó, conteniendo la respiración.

De pronto un leve susurro le hizo volver la cabeza hacia la derecha. Vio la mano armada con el revólver, empujando casi un mazo de cartas que descansaba sobre el tapete verde.

Los dos disparos se produjeron casi simultáneamente. La mesa que estaba sobre Clive saltó al recibir la bala. Se oyó un aullido. El hombre que estaba casi inclinado sobre el tapete verde, soltó el revólver y se llevó las manos al pecho, mientras por entre sus dedos resbalaba la sangre.

Pero el peligro no había cesado. Clive se contorsionó con la velocidad de una serpiente. Otro pistolero corría para situarse a su izquierda.

La bala le frenó.

El hombre cayó sobre la ruleta, que empezó a girar lentamente. La bola se deslizó también, deteniéndose en el trece negro.

Por el momento no parecía haber más enemigos allí.

El joven atravesó la sala de juego y se situó en las escaleras.

Aquello ya lo conocía mejor. Llevaba al piso superior, donde estaban las habitaciones. Vio una cabeza que asomaba por encima de la barandilla.

Disparó dos veces y se pegó a la pared.

Su enemigo también había disparado. El plomo hizo añicos toda una tira de mosaicos azules. Un cuadro colgado en el primer rellano se despegó y se puso a brincar peldaños abajo.

El pistolero del piso superior creyó tener la partida ganada. Se arriesgó demasiado al asomar el cuerpo. Clive, que había cambiado silenciosamente de posición, apareció en el sitio donde menos lo esperaba.

Las balas casi se cruzaron.

El pistolero lanzó un ronco gemido y se llevó las manos al estómago, quedando doblado sobre la barandilla y cayendo al fin por el ojo de la escalera.

Clive ascendió.

No parecía haber más enemigos.

Las escaleras terminaban en una puerta cerrada. Detrás de ella sonó una voz tensa:

—¡Barton! ¡Barton! ¿Estás ahí?

Barton debía ser el muerto. Clive hubiera tratado de imitar su voz caso de conocerla, para que le franquearan la entrada, pero pensó que así era inútil. De modo que susurró, pegándose a un costado de la puerta:

—Barton acaba de morir. Soy Clive Sommers, el hombre a quien queríais ver despellejado.

Desde el otro lado de la puerta llegó un gruñido.

—Tengo aquí a la muchacha. Le barrenaré la cabeza con una bala si no te entregas enseguida.

—Un momento. Si estoy aquí pegando tiros es porque me habéis obligado. Quiero hablar con el Irlandés.

—El Irlandés no está aquí. Ha ido a reclutar más hombres por si le hacen falta.

—No trates de engañarme. Sé que el Irlandés tiene que estar aquí. No habrá dejado el único sitio donde se siente seguro.

En aquel momento llegó otra voz desde el lado opuesto de la puerta. Esa voz la conocía bien Clive.

—De acuerdo, soy el Irlandés. ¿Qué tienes que proponerme?

—Es algo en lo que Nelly tiene que estar conforme. Sin su consentimiento no llegaremos a nada.

—Nelly no está en situación de discutir —dijo el Irlandés—. El cañón de mi revólver está apoyado en su sien izquierda. De modo que puedes soltar lo que quieras.

Clive se acercó un poco más a la puerta para que le oyeran bien.

—A ti sólo te interesa la fotografía, supongo.

—Sí.

—Entonces hagamos un acuerdo con Nelly. Ella te la devuelve y en paz. Como si no hubiera pasado nada, Irlandés. La dejas libre y yo me retiro de este asunto.

Se oyó la voz ronca de Nelly.

—¡En ese caso no conseguiremos nada! ¡Anna quedará libre!

—Lo sé, Nelly, pero debes hacerte cargo de las circunstancias. Si no accedes, no podré evitar que te maten. Tu vida importa más que el quitar la venda de los ojos al cobarde de tu hermano, ¿no crees?

Nelly no contestó. Debía estar meditando sobre aquello.

Clive insistió:

—Después de todo no están casados aún, y puede ocurrir muy bien que no se casen. Incluso estoy dispuesto a hablar con Sam en

privado decidiéndole todo lo que sé. Pero devolver esa fotografía es la única posibilidad que tienes de salir con vida, Nelly.

Hubo unos instantes de silencio.

El Irlandés debía estar de acuerdo en aquel trato, porque de lo contrario hubiera metido baza. Y el tío no decía una palabra.

Nelly murmuró al fin:

—No tengo la fotografía aquí, sino en el rancho.

—Lo imaginaba. ¿Te han registrado?

—¡Y de qué modo! ¡Los muy cerdos!

Clive alzó la voz:

—¿Qué dices, Irlandés? ¿La dejas libre para que vaya a buscar la fotografía? ¿Nos dirigimos todos a su rancho?

—¡Eso sería meterme en su terreno! ¡Puedo caer en una trampa!

—Yo te garantizo que nada ocurrirá, Irlandés.

—¿Y a ti quién te garantiza?

Clive comprendió que el otro tenía razón. Necesitaba combinar las cosas de distinta manera.

—Tienes ahí a un hombre —dijo—. Permite que venga con nosotros. Si algo falla, yo te prometo que vendré de nuevo aquí. Vendré para que me mates.

El Irlandés lanzó una carcajada.

—¡No me digas! ¡Nadie haría eso!

—Lo sé, pero no me cuesta prometerlo porque sé que nada va a ocurrir. ¡Vamos! ¡Decídete de una condenada vez!

El Irlandés vaciló unos instantes.

Luego gritó:

—Si algo ocurre, te mataré como un perro. Tú eres el único responsable de lo que sucede, Clive Sommers. Y ahora prepárate porque voy a abrir la puerta. Pero no intentes nada porque sigo apuntando a la muchacha. Como hagas un solo movimiento que no me guste, dispararé.

—Puedes salir tranquilo. No me conviene romper un trato que nos favorece a los dos.

La puerta se abrió, y en primer lugar apareció Nelly. El Irlandés la tenía sujeta por la cintura con su horrible garfio, mientras la otra mano empuñaba un revólver cuyo cañón se apoyaba en la cabeza de la muchacha. Era verdad lo que acababa de decir. Un solo gesto que no le gustara, y volaría la cabeza a Nelly.

Detrás de él apareció un hombre armado con un «Colt» 45. Dirigió a Clive una mirada relampagueante.

El detective murmuró:

—¿Ése nos va a acompañar al rancho?

—Sí.

—De acuerdo. Irlandés. Ya podemos guardar todos las armas. Si matas a la chica, no conseguirás nunca la fotografía.

El mismo dio ejemplo guardando el «Colt». El Irlandés y su compinche le imitaron.

—Estoy dispuesto —dijo Clive.

El Irlandés hundió en él sus ojos cargados de odio.

—Algún día te pasaré la factura de todo esto —jadeó—. Hoy me conviene aceptar el trato, pero las cosas no quedarán así. Soy uno de los hombres más importantes de Abilene. Haré que lamentes haber nacido.

—Eso será más adelante —dijo Clive con despreocupación—. Ahora debemos irnos.

Y se encaminó tranquilamente hacia la planta baja, dando la espalda a sus enemigos, aun sabiendo que podían dejarle seco allí mismo. Pero al Irlandés no le convenía hacerlo. El Irlandés necesitaba ante todo recuperar la fotografía para salvar su establecimiento, que era lo que más le importaba en este mundo.

Salieron al exterior, pasando por encima de los cadáveres. Nelly parecía asombrada por todo lo que estaba sucediendo. Daba la sensación de no acabar de creerlo.

El Irlandés ordenó a su compinche:

—Trae tres buenos caballos. Y antes de hora y media tienes que estar de regreso aquí. De lo contrario, yo obraré en consecuencia.

Cuando los caballos estuvieron a su disposición, montaron los tres. Nelly y Clive iban delante. Cerraba la marcha el pistolero del Irlandés, que los transportaba un poco como si fueran sus prisioneros.

Cuarenta y cinco minutos después llegaban al rancho. Clive suspiró con alivio, pensando que allí terminaba su maldita aventura.

Pero se equivocaba.

Se equivocaba igual que cuando dijo a la primera chica a la que besó:

—«Me casaré contigo»…

CAPÍTULO XIII

El centinela oculto en la copa de un árbol apareció como la otra vez, pero al ver a su dueña no hizo ningún gesto agresivo. En cuanto al pistolero del Irlandés, seguía detrás de ambos, pero en una actitud que parecía muy pacífica.

Nelly murmuró:

—Déjanos pasar, Jack.

—Sí, señora.

Llegaron al edificio-vivienda, ante el cual descabalgaron. Un sirviente se llevó los caballos para darles un poco de comida y agua, aunque le extrañó ver que no llevaban la marca del rancho. Nelly hizo sonar la campanilla, y el mismo sirviente oriental les abrió con una sonrisa.

—Buenos días, señora.

—Déjanos solos.

—Sí, señora.

—Un momento. ¿Está el señorito Sam?

—No ha salido de sus habitaciones, señora.

Nelly dirigió una fugaz mirada a Clive.

—Como para que una se sienta orgullosa de su hermanito, vamos.

—Olvídalo —murmuró Clive.

Y dirigió su mirada al pistolero, que empezaba a dar muestras de impaciencia.

—Al grano —dijo éste—. El Irlandés me espera. ¿Dónde está esa condenada fotografía?

El sirviente ya había desaparecido, de modo que estaban solos. Nelly se dirigió a una de las paredes, donde había un gran cuadro representando un paisaje marino. Un paisaje marino que, en las

inmensas llanuras de Abilene, parecía un pedazo de otro planeta.

Nelly movió el cuadro, que giró sobre sus goznes, y detrás de la pintura apareció la puerta de una caja de caudales empotrada en la pared. La muchacha empezó a mover con lentitud las arandelas, buscando la combinación, en la que no debía ser muy experta.

El pistolero aguardaba anhelante.

Clive no quiso mirar.

Pero en el fondo estaba contento. Las cosas iban a resolverse a satisfacción de todos. Lo más importante era que Nelly viviría y Anna no iría a parar a la horca.

Sus ojos se posaron en aquel grupo que ya conocía. En la vieja fotografía de las alumnas reunidas en el patio del colegio de lujo. Y Nelly en primera fila.

Una Nelly muy guapa, muy modosita, con la extraña posición de su pie algo torcido.

Clive se pasó la mano izquierda por los labios.

¿Por qué había recordado aquel cuadro más de una vez?

¡Qué tontería!

¿Por qué lo había vuelto a ver en sueños, por qué le había parecido como si lo tuviera una y cien veces ante los ojos?

Se volvió.

¡Al diablo aquel cuadro!

Tenía cosas más importantes en que pensar.

Acababa de oírse un leve chasquido en la caja de caudales. La puerta de ésta giraba. Se estaba abriendo.

El pistolero avanzó dos pasos.

Ver abrirse una caja de caudales le excitaba. Aunque no fuera a llevarse dinero de allí, aquello constituía un verdadero espectáculo para él.

—¿Ya está? —dijo—. ¿Ahí está la fotografía?

Nelly dijo en voz baja:

—Sí, claro que sí. Ya está, muchacho.

E hizo girar su mano derecha, armada con un pequeño revólver.

Sus ojos eran fríos, eran como dos pedazos de hielo, como dos globos llenos de muerte.

El pistolero intentó sacar el «Colt», pero la sorpresa le dominaba. No pudo ser lo bastante rápido ante una mujer que ya le estaba apuntando.

Lo único que consiguió balbucir fue:

—Noooo…

Ella dijo con voz tensa:

—Adiós, muchacho.

—Y disparó fríamente. Le envió las dos balas al centro de la cabeza.

CAPÍTULO XIV

Esta vez Clive, que siempre había sido tan rápido, no supo reaccionar a tiempo. El asombro le había dejado paralizado. Cuando sacó el «Colt», ya Nelly había hecho los dos disparos y el forajido rodaba por el suelo con la cabeza perforada.

Clive estaba tan aturdido que sólo fue capaz de pronunciar el nombre de la muchacha:

—¡Nelly!

Había un gesto duro, despectivo, en los labios de la mujer.

—¿Qué es lo que te asombra? —preguntó—. ¿Qué creías? ¿Que iba a entregar a ese tipo la única prueba que tengo de la culpabilidad de Anna?

A Clive le temblaban los labios. Su habitual serenidad parecía haberse ido al diablo.

Nunca había oído a una mujer hablar con un rencor tan frío, tan reconcentrado como el de aquélla.

—Nelly… —barbotó—. Yo había hecho un trato con el Irlandés.

—¿Y qué? Los tratos con los granujas no sirven de nada. Olvídalo. ¿Crees que él lo hubiese cumplido?

—Él ya cumplió su parte, que fue dejarte marchar.

—Pues se equivocó —dijo ella tranquilamente, volviendo a cerrar la caja.

Nadie había acudido al oír los disparos.

Ni siquiera Sam.

Sam debía tener tanto miedo que quizá se había metido debajo de la cama. Y en cuanto a los sirvientes, tal vez lo habían presenciado todo por los resquicios de puertas y ventanas y se habían dado cuenta de que Nelly no corría peligro. Por eso no intervenían.

En aquel momento el reloj de cuco que había a un lado de la habitación empezó a dar la señal de las doce. Los dos —el hombre y la mujer— se volvieron hacia aquel reloj y lo miraron como si estuvieran hipnotizados. Ambos se daban cuenta de lo que aquello significaba. Al mediodía el *sheriff* tenía que llegar a Abilene. La fotografía que significaría el patíbulo para Anna, podía ser entregada.

Ella abrió entonces la caja de nuevo —cosa que hizo con mucha más facilidad que antes— y extrajo la cartulina que ya conocía Clive.

—Es hora de que vea al *sheriff* —susurró.

—Nelly…

—¿Qué pasa ahora?

—No lo hagas.

—¿Por qué? ¿Qué motivo hay para que no condene a esa mujer? ¿No te pagué por tu trabajo? ¿Tú qué tienes ya que ver en esto?

—Ya ha habido demasiados muertos y demasiadas traiciones. Olvídalo.

—Olvídalo tú, amigo. Voy a llevar la fotografía al *sheriff*. ¿Y sabes qué puedes hacer tú? Ver al párroco de Abilene para que empiece a preparar las misas por Anna.

La tranquila frialdad de la mujer estaba deshaciendo los nervios de Clive.

Avanzó hacia ella, dispuesto a terminar aquel condenado asunto de una vez, y fue a arrebatarle la fotografía. Pero en aquel momento alguien se movió a su espalda. Lo notó en la última fracción de segundo, cuando ya era demasiado tarde y cuando no tenía tiempo material para volverse.

Una cosa que parecía una barra de hierro se abatió sobre su nuca. Era la culata de un rifle, pero Clive no llegó a darse cuenta. Sólo vio que la habitación entera daba veloces vueltas en torno suyo, que el suelo avanzaba hacia él, que el suelo bajaba, subía…

Aún intentó volverse, mientras empuñaba el revólver.

La culata se abatió de nuevo sobre él.

Y Clive, mientras caía, solamente vio delante de sus ojos una cosa densa, roja…

CAPÍTULO XV

Todo el cuerpo le dolía cuando empezó a recobrar el sentido. La parte más angustiosa del dolor estaba radicada en la nuca, que parecía haber sido partida en dos. Pero una especie de ondas maléficas le llegaban hasta el final de la espalda y le hacían tener la sensación de que todos sus huesos habían sido machacados y rotos.

Intentó mover las manos.

Se las habían atado, pero bastante mal.

Dominando el dolor que le abatía, abrió y cerró los ojos un par de veces, hasta habituarse a la nueva situación.

Estaba en el mismo vestíbulo donde cayera.

El reloj de cuco marcaba las doce y diez. No había estado, pues, demasiado tiempo sin sentido.

El vestíbulo aparecía vacío.

Sobre las escaleras alfombradas que llevaban al piso superior, aparecía un rifle con la culata manchada de sangre. Era el arma con la que debían haberle atizado.

Pero hubo algo que llamó aún más la atención de Clive. Era un susurro de voces en el piso superior. Hablaban un hombre y una mujer, y no le cabía duda de que la mujer era Nelly. En cuanto al hombre, hubiese jurado que se trataba de Sam.

Si a Clive le dominó la curiosidad fue porque allí podía estar decidiéndose la vida o la muerte de Anna. De modo que se arrastró sobre su espalda, llegó en silencio hasta la alfombra de la escalera y subió penosamente un par de peldaños, de forma que no sólo podía oír a la pareja, sino que además podía verles, ya que se encontraban junto al umbral de una de las puertas del piso superior, muy cerca de la escalera.

Ella susurraba en aquel momento:

—Creí que le matabas al golpearle por segunda vez.

—Iba a saltar sobre ti —murmuraba Sam—. No sé lo que pretendía, pero no me fío de ese tipo. Es una fiera.

—Ahora no te causará más preocupaciones. Va a estar sin sentido al menos hasta medianoche.

—¿Para qué querías ir a ver al *sheriff*?

—Es un asunto muy particular. ¿Pero cómo sabes que quiero ir a verle?

—Se lo estabas diciendo a él. También decías algo de condenar a una mujer.

Nelly contestó con voz áspera:

—Sí, pero es asunto mío.

—¿De qué mujer hablabas?

—De una sin importancia.

—¿No será Anna?

—Si lo fuera ya lo sabrías a su debido tiempo. Ahora olvídalo. Y no me hagas entretenerme más, querido. Debo ir a ver al *sheriff*. Cada minuto cuenta.

Se oyó la risita de Sam.

Era una risita viscosa y desagradable.

—Pero no te vayas así, tonta.

Clive, abajo, arqueó una ceja.

¿Qué lenguaje era ése?

¿Hablarían así normalmente dos hermanos?

Nelly susurró:

—Hacía tiempo que no me hablabas así, Sam. Con esa ansiedad…

—Porque tú no me dabas ninguna oportunidad.

—No seas tonto, Sam. Nos puede ver alguien.

—No importa.

Clive, que lo veía todo desde abajo, que veía sus figuras aproximarse, estaba helado.

—¡Infiernos! ¿Pero qué era aquello?

¿Por qué se aproximaban tanto los dos? ¿Por qué sonaba el chasquido de un beso?

¿El chasquido de un beso en la boca?

CAPÍTULO XVI

El asombro de Clive había ido tan en aumento que el joven ya no sabía qué pensar. Era como cuando uno se encuentra ante un rompecabezas que sabe que no solucionará: Cierra los ojos y deja de pensar en él. El detective pensó que todo aquello no tenía sentido.

¿O lo tenía?

Sus facciones enrojecieron de pronto.

Una especie de relampagueo cruzó por su mente.

¿Y si Nelly y Sam no fueran hermanos?

¿Y si hubieran estado jugando una comedia sucia e indigna?

¿Y si…?

Ahora los pensamientos se agolpaban en la mente de Clive.

Miró hacia arriba.

Al fin oyó aquella voz, la voz mimosa de Nelly:

—¿Te gusto, querido?

—Me gustas con locura.

—¿No me cambiarías por ninguna otra mujer?

—¿Y por qué otra mujer iba a cambiarte?

—No sé, es un decir… ¿No me cambiarías por Anna?

Sam runruneó como un gato gordo y satisfecho.

—Pero me duele tener que pasar por tu querida hermanita. Me fastidia toda esta comedia.

Sam volvió a reír.

Tenía una risa viscosa y lánguida, la auténtica risa de un cobarde.

—No podemos variar —dijo—. Empezamos así y ya no podemos dejarlo.

—Vayámonos lejos. Vende este rancho y nos casaremos. Seremos millonarios siempre, con lo que te den por esto. Vivamos

como seres normales y disfrutemos de nuestra juventud.

Él le dio una palmada en cierta parte carnosa.

—Ya disfrutaremos, nena…

—Me refiero a no tener que esconder lo nuestro.

—¿Y qué vamos a hacer? Cuando fui a buscar a mi hermana a la Universidad de Filadelfia, después de ocho años de no aparecer ella por el rancho, y la encontré gravemente enferma, tú eras ya mi amiguita. Fue entonces cuando tuviste aquella idea, ¿no? Fue cuando pensaste: «¡Qué bien! ¡Las dos nos llamamos Nelly y somos aproximadamente de la misma edad y la misma estatura!». ¿No pensaste eso? Siempre he creído que aquel error fatal en la inyección que se le administró fue cosa tuya. Mil veces he pensado que fuiste tú la que liquidó a mi hermana.

Nelly runruneó de una forma extraña, sin decir ni que sí ni que no.

—Bueno… —dijo— ¿para qué hablar de eso? ¿Tú la querías? Llevabas ya ocho años sin verla…

—Es verdad, ¿para qué hablar de eso? Los dos, casi sin palabras, decidimos aprovechar la oportunidad de un padre viejo y casi ciego, que llevaba ocho años sin ver a su hija. Los dos acordamos convertirte a ti en una mujer que podría vivir bajo mi mismo techo, que me daría un aire muy conveniente de respetabilidad y que llegaría a heredar… la mitad exacta de una fortuna. La parte que hubiera correspondido a mi auténtica hermana. Además… ¡je, je!… Este juego es tan excitante…

Y volvió a sonar el chasquido de un beso.

Clive, abajo, había sentido como una náusea.

¡Aquella maldita, aquella sucia y miserable comedia!…

¡Ahora lo entendía todo!

¡Ahora sabía por qué Nelly estaba dispuesta a llevar hasta el patíbulo a Anna!

¡Ahora sabía por qué no admitía al lado de Sam ninguna otra mujer!

Probablemente Sam le daba asco.

Pero después de su envilecimiento, después de su crimen… ¿iba ella a renunciar a la mitad de una fabulosa fortuna?

Incluso comprendió otra cosa.

Comprendió por qué aquella fotografía le había obsesionado

tanto.

Una idea daba vueltas en su cerebro.

Mientras arriba sonaban aún los chasquidos de los besos, Clive tiró hábilmente de sus ligaduras y logró deshacerse de ellas aun a costa de perder parte de la piel de sus muñecas.

Ya se ha dicho que los nudos no estaban demasiado bien hechos, sin duda a causa de que Sam no era un experto en aquello. Cuando se hubo librado, Clive se deslizó en silencio escaleras abajo y fue hacia la pared en que se hallaba la fotografía.

Tomó el marco, retiró el cristal que cubría y protegía la cartulina, y lo acercó todo mucho a la luz, sacándolo de la zona de penumbra en que había estado colgado.

Aunque Clive no era experto en fotografía, porque se trataba de un invento nuevo, su profesión le había hecho estar en contacto con las nuevas técnicas e interesarse por ellas. De modo que los ojos de Clive Sommers podían captar detalles que los ojos de un vaquero no hubieran llegado a captar.

Por ejemplo el hecho de que la figura de Nelly, situada en primera fila para que se la viese bien, no estaba demasiado bien encajada con relación a las otras.

Como si no formase verdaderamente parte del grupo. Como si estuviera superpuesta.

Y entonces Clive imaginó la trampa.

Una trampa destinada a engañar al dueño del rancho, un hombre demasiado viejo y casi ciego.

Sam había tomado una fotografía de un grupo de alumnas en el que figuraba su propia hermana antes de morir. Había recortado el espacio correspondiente a ésta. Había hecho vestir a Nelly —su amiguita— con el uniforme y había hecho obtener de ella una fotografía aislada, reduciéndola a las medidas exactas.

Luego se superponía aquella fotografía en el lugar vacío. Se obtenía otra fotografía del conjunto.

Y ya estaba.

Todo eso hubiera sido casi normal unos años después, cuando la técnica fotográfica avanzó notablemente. Pero en aquellos momentos y en aquellas circunstancias, era una innovación, un truco que resultaba casi imposible sospechar[1].

La cabeza le daba vueltas a Clive.

Porque había algo más.

Algo más donde estaba verdaderamente el detalle siniestro, el detalle horrible de aquella condenada aventura.

La fotografía que Nelly iba a enseñar al *sheriff*.

La fotografía obtenida en casa del Irlandés y que enviaría una mujer a la horca.

—Ahora entendía Clive por qué, desde el instante en que la vio, la había tenido como metida en la cabeza. El detalle del pie levemente torcido era revelador. Estaba en las dos fotografías. En la del grupo escolar… ¡y en la del asesinato!

¡Eso sólo podía significar una cosa muy clara!

¡Era Nelly la que se había maquillado y disfrazado como si fuese Anna!

¡Y era ella la que había dado a Anna una falsa cita en las cercanías de La Casa del Irlandés, para que la encontraran allí a poco de cometerse el crimen!

¡La propia Nelly había matado a Morgan!

Clive estaba seguro de no equivocarse. Anna y Nelly eran de la misma estatura, y a cierta distancia podían ser confundidas si una de ellas adoptaba los vestidos y el peinado de la otra. Además Nelly debía haberse maquillado bien, procurando mostrar al objetivo la parte de la cara en que más se pareciese a Anna.

El joven sintió frío en la espalda.

Sentía también una fuerte náusea en la garganta.

Le habían dejado sin armas, pero eso no importaba. Había un armario con rifles a un lado del vestíbulo.

Tomó uno de ellos.

Quizá los dos o tres criados que estaban de servicio en el edificio principal conocían la verdadera situación y se habían evaporado discretamente.

Subió la escalera poco a poco, mientras veía las dos figuras cada vez con mayor claridad.

Le daban asco.

Pero más asco todavía que Nelly, se lo daba aquel cerdo de Sam.

Produjo un ruido en el peldaño.

Y de pronto los dos se volvieron a la vez. De pronto sus ojos desencajados se clavaron en su figura.

Nelly gritó:

—¡Noooo!…

Clive Sommers ni siquiera se molestó en apuntarles con el rifle.

Eran dos perros sarnosos. No merecían ni una bala.

Masculló:

—Ahora he comprendido muchas cosas, amigos. He comprendido tantas cosas y estoy tan entusiasmado con lo que sé, que quiero que el *sheriff* también se entusiasme. Vamos a ir todos de cabeza a su despacho. Tú vas a hablar largo y tendido, Nelly. Vas a hablar hasta por los codos. Quiero que se aclare la muerte de la hermana de Sam y que se aclare la muerte de Morgan. Quiero que las fotografías sean examinadas con lupa. Quiero que tú y Sam respondáis de todos vuestros crímenes, de todas vuestras suciedades, de todas vuestras mentiras.

Sam tembló.

Mientras soltaba a la chica, se desencajaron sus ojos de cobarde.

—Nooo… —barbotó—. Todo lo ha hecho ella… Lo de Nelly fue ella quien lo hizo… ¡Yo no sé nada!

—Tú le ayudaste, cerdo.

—Le juro que no sé nada, amigo mío… Y en lo de las fotografías yo no intervine. No sé de qué me habla.

—Tú no has intervenido en lo de las fotografías, cobarde, pero lo mismo da. Tienes bastantes cosas que declarar ante el *sheriff*. En cuanto a ella, me temo que tal vez sustituirá a Anna en la horca.

Nelly se estremeció.

Pero, de todos modos, ella era más valiente que Sam. Hubo en sus ojos como un relampagueo de desafío.

Sam casi imploró:

—No puede destruir mi honor de esa manera… ¡No puede!

—¿Pero tú tienes honor, cerdo?

—Soy una persona respetable, rica… Todo el mundo en Abilene me conoce. No puede explicar que Nelly es… es…

—Ése es asunto tuyo. Serás tú quien lo explique, no yo.

—Oiga, buscón… Tengo dinero, mucho dinero… Mi padre ya no pinta nada. Soy yo quien gobierna la caja fuerte y quien lo mangonea todo… Deje que le haga una oferta… Entregue a Nelly solamente… En cambio podemos llegar a un acuerdo…

—Cállate, sarnoso. De modo que quieres entregar solamente a Nelly, ¿eh? Cuanto más hablas, más asco me das.

—Usted sólo quiere vengarse de Nelly… ¡Lo sé, lo adivino! ¡Yo no pinto nada en esto! ¡Le daré dinero, mucho dinero!… ¡Llévesela!…

Abrió el cajón central de una mesa, volviéndose de espaldas. Hizo un gesto ansioso.

—Es Nelly la que estorba —barbotó—. ¡Llévesela! ¡Yo siempre dije que ella acabaría mal…! No es digna de vivir con las personas honradas. Ella me ha metido en todo este lío. Ella, la muy perra…

Giró velozmente.

Como un relampagueo, Clive vio brillar el revólver niquelado en su mano derecha. Si llega a estar apuntando a aquel miserable lo mata en el acto, pero no apuntaba. Tenía el rifle bajo. Cuando lo levantó, Sam ya había disparado dos veces contra Nelly.

Se oyó un gemido ahogado.

Todo el vestido de la mujer se tiñó de sangre.

Nelly dio una vuelta sobre sí misma, con expresión patética, mientras miraba a Clive con expresión de incredulidad, con una última expresión de dolor, como si pidiera venganza.

Sam, temblando su mandíbula, barbotó:

—Ya lo tiene, buscón. Ya se ha librado de ella… ¿No quería eso? Yo le he ahorrado trabajo, buscón. Yo soy un hombre que sabe hacerse cargo de las circunstancias… Ahora pídame lo que quiera. Pídame dinero, mucho dinero. Le haré rico… Le extenderé un cheque en blanco… ¡Pida lo que quiera, lo que quiera!…

Clive Sommers sintió más que nunca una irresistible náusea.

Una náusea que le ahogaba.

Sam barbotó:

—Me pondré de rodillas para pedírselo… De rodillas para…

Clive dijo secamente:

—… De rodillas para morir.

Disparó dos veces.

Todo el fofo cuerpo de Sam se estremeció. Sus manos fueron al pecho cubierto de sangre. Lanzó una especie de aullido gutural…

Clive ya no disparó más.

El asco le ahogaba.

Y sabía que aquel cerdo estaba muerto.

Lo vio rodar escaleras abajo, junto a sus pies, todavía con los ojos desencajados por el horror y todavía con el revólver engarfiado

en la mano derecha.

Luego Clive Sommers buscó su cinto canana, se lo puso y salió de la casa.

Nadie le cortó el paso.

Nadie pareció saber adónde iba.

Pero él sí.

Él había hecho una promesa.

Y aunque fuera una promesa hecha a un rufián como el Irlandés, él tenía que cumplirla.

Capítulo XVII

Los dos estaban separados por unos quince pasos. El sol daba en la cara de Clive, que se encontraba en la peor posición. En el paraje solitario, junto a la casa vacía, los dos parecían extraños fantasmas que esperasen la hora del juicio final.

El Irlandés barbotó:

—Quieto…

Clive se detuvo.

Sentía la caricia del sol en su cara. Y aquel sol le parecía distinto del de todos los días porque se daba cuenta de que quizá lo estaba recibiendo por última vez.

El Irlandés barbotó:

—Has venido solo, ¿eh?

—Sí, he venido solo.

—¿Dónde está mi pistolero?

—Ha muerto.

—¡Eres un sucio, un puerco, un condenado perro!…

—Calma, Irlandés. A ese hombre no lo maté yo.

—¿Quién, entonces?

—Fue Nelly.

—Ella no tenía razones para…

—Sí que las tenía, Irlandés. Razones mucho más poderosas que las mías, aunque pareciese lo contrario. Algún día tal vez sepas la verdad. Pero te prometí que si no volvía tu pistolero volvería yo. Y he cumplido mi palabra.

El Irlandés rió lentamente.

—Pues eres más imbécil de lo que pensaba. ¿Dónde está la foto?

Clive la dejó caer a sus pies.

—Aquí la tienes.

El Irlandés volvió a reír.

—No creas que por eso vas a librarte, condenado perro.

—No pretendo librarme de nada. Sólo trato de pagar mi deuda.

El Irlandés escupió las palabras.

—Suelta el revólver.

Clive lo extrajo con dos dedos de la funda y lo soltó.

Al caer al suelo sonó como la última nota de su propio funeral.

El Irlandés avanzó poco a poco.

Quería asegurar el tiro.

Extrajo el «Colt» y apuntó rectamente a la cabeza de Clive Sommers.

Éste no se movió.

No cerró los ojos.

Ahora que estaba tan cerca de la felicidad, aceptaba la muerte como el que acepta lo inevitable.

—Dispara pronto. Irlandés —susurró—. Dispara pronto, maldita sea. No me obligues al menos a ver demasiado rato tu cochina cara.

El rufián volvió a reír.

—Muy bien, buscón. Entonces… adiós.

Y fue a disparar.

Pero en aquel momento se oyó en la lejanía el galopar de un caballo. El Irlandés miró frenéticamente hacia allí.

La estrella reluciendo al sol en un recodo del camino, le demostró que el que se acercaba era el *sheriff*. Clive también miró hacia allí y comprendió lo sucedido. El *sheriff* acababa de enterarse de la muerte de Sam y de Nelly, y alguien le habría contado que Clive Sommers fue visto saliendo de la casa. El *sheriff* le había seguido.

Se dio cuenta de la situación, a pesar de que estaba a una cierta distancia. Y con su rifle disparó dos veces contra el Irlandés.

Como casi todo el mundo en el Oeste, el *sheriff* era de los que disparan primero y preguntan más tarde. La primera bala falló, pero la segunda obligó al Irlandés a hacer un gesto de dolor, mientras soltaba el «Colt» y su mano se teñía de sangre.

Pero no por eso se dio por vencido.

No por eso renunció a matar a Clive.

Saltó sobre él, llevando por delante su terrible garfio.

Clive lo detuvo en el último instante, cuando ya iba a clavarse

en su cuello. Trató de retorcer el brazo del Irlandés, pero éste era fuerte y además venía lanzado con el impulso de un toro. Rodaron los dos por tierra, mientras la punta del garfio «acariciaba» el cuello de Clive.

Éste sintió que iba a ser ensartado como una res en el matadero.

Lanzó un gruñido.

El *sheriff* seguía galopando hacia ellos, pero aún estaba a demasiada distancia para intervenir en la pelea. Y no podía disparar, porque los dos formaban un bulto demasiado confuso.

El Irlandés atacó de nuevo.

Su mortífero garfio se alzó por los aires.

Y se abatió como un rayo sobre la garganta de Clive, que sólo pudo detenerlo en la última fracción de segundo. Aun así su cuello resultó arañado. La sangre resbaló por el pecho.

Pero ahora el detective había logrado sujetar sólidamente la muñeca de su enemigo.

La retorció fieramente. Su fuerza implacable era la de una máquina de matar. El Irlandés gritó como un cobarde al darse cuenta de que no podría resistirlo.

¡Su propio garfio giraba!

¡Giraba hacia él!

Clive hizo un último esfuerzo, mientras rechinaban sus dientes.

Y el garfio se hundió hasta el fondo en la garganta del Irlandés.

Clive Sommers lo apartó de repente, para que no le empapara la sangre…

Anna, junto a la ventana, musitó:

—¿Y se lo contaste todo al *sheriff*?

—Sí.

—¿Y él qué dijo?

—Que concordaba con sus datos. Además, un examen minucioso de las fotografías le convenció. Él, por otra parte, ya sospechaba algo que no era normal entre Sam y Nelly… En fin, que ahora ya no me echa. Ahora me ha pedido, por el contrario, que me quede en la ciudad.

Anna susurró:

—¿Y vas a hacerlo?

—No. Me dedicaré a otra cosa. Voy a irme de Abilene enseguida con…, con una persona.

—¿Quién?

—Tú…

Y la atrajo hacia sí, apretándola contra su pecho. La atrajo hacia sí, buscando borrar con un minuto de caricias las noches enteras de pesadilla que habían vivido los dos.

Inclinó casi bruscamente la cabeza de la chica.

Ella susurró:

—¿Qué buscas?

—Tus labios.

Y Anna sonrió mientras decía:

—Buscón…

FIN

Notas

[1] En la actualidad las fotografías trucadas han llegado a constituir una especialidad artística y, en muchos casos, policíaca. En bastantes ocasiones se ha tratado de esgrimir como prueba en un juicio la foto de una persona en situación, digamos, comprometida. Pero a esa persona se le había cambiado la cara, poniendo la del hombre o mujer a los que se quería comprometer. En ciertas fotografías de masas se han incluido cabezas de personas que nunca estuvieron allí. Las revistas también emplean con frecuencia ese truco, y en bastantes ocasiones se han puesto a la venta desnudos con las caras de las más famosas artistas de la pantalla. Ni que decir tiene que el cuerpo pertenecía a una persona y la cara a otra. (Nota del autor). <<